DRAMA EN CINCO ACTOS:

LOS FALSOS HOMBRES DE BIEN.

TRADUCIDO

DEL ITALIANO AL ESPAÑOL

ROP DON LUCIANO FRANCISCO COMELLA.

REPRESENTADO

POR LA COMPAÑIA DE MANUEL MARTINEZ

EN EL AÑO DE 1790.

PERSONAS.

Carlos, Duque de Borgoña	Sr. Antonio Robles.
Cande de Sorval, Consejero	Sr. Josef Huerta.
Claudio Rinault, Prepotente, y tirano	Sr. Tomás Ramos.
Pablo Dambelt	Sr. Manuel Gonzalez.
Labrador	Sr. Vicente Garcia.
Sofia Dambelt	Sra. Maria del Rosario.
Amalia	Sra. Rita Luna.
Mariana	Sra. Manuela Monteis.
Fabricio, Boticario	Sr. Miguel Garrido.
Leandro, Abogado	Sr. Juan Antolin.
Monsieur Grifing, hipócrita	Sr. Vicente Romero.
Anselmo; Médico	Sr. Vicente Ramos.
Federico, Cafetero	Sr. Francisco Lopez.
Un Pretendiente	Sr. Francisco Ramos.
Comandante	Sr. Vicente Sanchez.

ACTO PRIMERO.

Plaza con Café, y Botica á los lados, y Palacio magnífico enmedio con puertas practicables. Abren sus respectivas puertas Fabricio y Federico.

Fed. ¿QUE es esto, señor Fabricio,
que en abrir tardasteis tanto?
Fabricio. En verdad verdad, que vos
tampoco habeis madrugado.
Fed. Así es; mas como en casa
á las dos nos acostamos
me he dormido.
Fabric. Yo lo propio.
Fed. Pero bien considerado
de mi tardanza no pueden
resultar ningunos daños.
Fabric. ¿Por qué?
Fed. Porque mi negocio
no está en la salud fundado
como el vuestro. Pero id
á trabajar los emplastos,
y las bebidas, que están
los enfermos esperando.

Fabric. Que esperen, que yo por ellos
no he de perder mi descanso.
Fed. ¿Y que, porque descanseis
vos, vayan los desdichados
á descansar para siempre
en un cementerio? Bravo.
Fabric. Que vayan.
Fed. Como estais rico
con lo que de sí os ha dado
en poco tiempo el oficio
estais hecho un poltronazo.
Fabric. Toda mi riqueza, amigo,
está en papel, que los pagos
andan mal.
Fed. Cinco que paguen
os resarcen el agravio
de ciento que deban.
Fab. Vaya,
vos no estais de esto enterado.
Fabric. Amigo, si yo pudiese
haría á los Boticarios
que tuviesen las Boticas,
para el mas pronto despacho,
abiertas de noche.
Fabric. Y yo
mandaria que cerrados
estuviesen los Cafés
de noche y de dia.
Fed. Vamos.
¿Quereis café?
Fabric. Porquería.
Fed. Mas lo son vuestros emplastos:
agur, agur.
Sale Leandro de Abogado con unos autos en la mano, y se va al Café.
Leandro. Café pronto.
Fed. Mucho hoy habeis madrugado.
Lean. ¿Quién son estos dos que vienen?
Fed. El uno, si no me engaño,
es el Conde de Sorval,
y el que con él viene hablando
un forastero.
Salen el Duque, y el Conde en el foro, y un Pretendiente á lo lejos que los sigue.
Pret. Sí, él es,
un memorial hacer trato
para darsele. *vase.*
Duque. Decidme,
¿cómo no habiendome hablado
ni visto jamás, os debo
tan corteses agasajos?
Conde. Yo os lo diré. Desde joven
he sido siempre inclinado
á juntarme con los hombres,
en quien un corazon sano
he presumido; y aunque
me he llevado algunos chascos,
se me figura que en vos
no he de llevarmele.
Duque. Alabo
vuestro buen gusto, y por todo
os estoy muy obligado.
Cond. Si empezais con cumplimientos
prontamente me separo
de vos. Yo trato los hombres
que me parecen dotados
de honor, y virtud por solo
el interés de tratarlos;
y con esto yo los premio,
y á mí me dexan premiado.
Un acaso esta mañana
hizo vernos, y tratarnos:
Yo volvia á la Ciudad
desde mi casa de campo,
os hallé, noté que estaban
cánsados vuestros caballos,
os ofrecí el coche: vos
admitisteis mi agasajo,
y en esto me disteis gusto,
y yo igualmente os le he dado,
y estamos iguales.
Duq. Vuestro
modo de pensar me es grato.
Conde. Creedme, que es el mejor:
La verdad siempre en los labios,
y muy pocos cumplimientos.
Thé. ¿Habeis otra vez estado
en esta Ciudad?
Duq. No amigo;
pero puedo aseguraros,
que lo que hasta ahora he visto.
ad-

admirado me ha dexado.
Cond. Pues lo que os falta que ver
será todo lo contrario.
Duq. ¿Cómo, pues?
Cond. Como aunque es bella
en quanto al sitio, palacios
y templos, es horrorosa
en quanto á los ciudadanos.
Duq. ¿Qué decis?
Cond. Que á la maldad
están muchos entregados.
Duq. ¿Con que vos sois enemigo
de todos vuestros paisanos?
Cond. Soy amigo de los buenos,
y enemigo de los malos.
Duq. Vuestras voces me aseguran
en que sois un hombre honrado.
Cond. No me injurieis.
Duq. No os entiendo.
Cond. Y si quereis conservaros
en mi amistad, no me deis
ese nombre.
Duq. Sois extraño.
Cond. Un hombre honrado, decidme,
¿qué es para vos? descifradlo.
Duq. Un hombre de bien.
Cond. ¿El vil
ladron, el soez falsario,
el insaciable usurero,
y el seductor depravado
son hombres de bien?
Duq. No, amigo.
Cond. Pues si vos vais á escucharlos
vereis como la honradez
todos tienen en los labios:
y no es esto lo peor,
sino que el mundo insensato
da crédito á sus razones,
y subscribe á sus engaños,
Y asi yo no quiero nombre,
que se apropian los malvádos,
quiero ser hombre de bien
tan solamente, y no honrado.
Duq. Es verdad, que el mundo abusa
de este nombre poco cauto,
y que aplaude á ciertos hombres,
que deben ser detestados.
Cond. Le basta á un hombre ser bueno
para ser del mundo el blanco:
hay pocos hombres de bien.
Duq. Mas vos lo sois.
Cond. Declararlo
no me está bien.
Duq. A mí si.
Cond. Conocernos toca á entrambos
mutuamente, vos debeis
juzgarme á mí, yo juzgaros.
Duq. ¿Con qué aun de mí vos dudais?
Cond. Y no debeis extrañarlo,
porque por vuestras acciones
no sé si soys bueno ó malo.
Duq. ¡Me sorprende la franqueza
con que me tratais!
Cond. Soy claro
Duq. ¿Vos insistís finalmente
que en esta Ciudad son raros
los hombres de bien?
Cond. Así es,
y los pocos son tratados
iniquamente. En la carcel
uno gime abandonado
de todos, que es un modelo
de providad.
Duq. ¡Caso extraño!
¿Quién es ese?
Cond. Es un caxero.
modesto, justificado,
sensible, sin vicio alguno;
y por lo mismo engañado
de los perversos: á un hombre
de esos que llaman honrados
hizo un emprestito, y luego
que llegó el tiempo del pago,
negó el honrado la deuda,
y el de bien quedó burlado,
y al patíbulo tal vez
encaminando sus pasos.
Duq. Vos me haceis de vuestra patria

el mas horrible retrato.

Cond. ¡Plegue al cielo, que no sea
el de todo el mundo! Hablando
de otras cosas::-

Duq. Perdonad,
que veo un hombre á este lado
que quiere llegarse á mí.
Por si intenta decirme algo
en secreto, hacedme el gusto
de dexarme por un rato.

Cond. Está bien: voy á estorbar
por un momento al Letrado.

Duq. ¿Me buscais á mí buen hombre?
¿qué quereis?

Sale el Pretend. Solo en las manos
de vuestra Alteza poner::-

Duq. hablad un poco mas baxo:
¿por qué me tratais asi?

Pret. Porque soys mi Soberano.

Duq. ¿En dónde me conocisteis?

Pret. En Dijon, donde he estudiado.

Duq. Cubríos, y de respeto
no deis indicios, y en tanto
que me descubro, á ninguno
direis que me habeis hablado.
¿Qué quereis?

Pret. Puesto que sois
de vuestro Estado el amparo,
daros este memorial
contra el tutor inhumano
de mis hermanas.

Duq. Decidme,
¿y quién es?

Pret. Un ciudadano,
que con capa de virtud
es el hombre mas avaro
del universo, Monsieur
Grifing.

Duq. Muy bien, retiraos,
satisfecho de que queda
vuestra justicia en mis manos.

Pret. Señor::.

Duq. Buscadme mañana.

Pret. ¡Qué Príncipe tan humano! *vas.*

Cond. Perdonad, si la lectura
os he interrumpido un rato.

Leand. No hay de qué.

Cond. Pues estais libre
á nuestro asunto volvamos.
Puede ser que me tengais
por un hombre depravado,
y detractor al oir
los males que estoy contando
de los hombres, mas yo espero
si me teneis por tan malo,
quedar con vos, si no os vais,
bien pronto justificado.
Lo que aqui presenciareis
bastará á desengañaros.

Duq. En pensar de esa manera
me haceis un notable agravio.

Cond. Ese Letrado, con quien
he estado yo un rato hablando,
es perspicaz, tiene ciencia,
penetra, y es aplicado;
pero asi como debia
ser de las leyes ornato,
y apoyo de la virtud,
se esmera en ser lo contrario:
Deshonra una facultad,
digna del mayor aplauso,
con embrollos, y destruye
los vínculos mas sagrados
de la humanidad, y todo
por el interés malvado.
El dueño de aquel Café
fue peluquero, y un trato
detestable con que ultraja
los respetos sacrosantos
del honor, le han hecho rico,
insolente, y aun osado.
Mirad aquella Botica....
dentro de ella el Boticario
en vez de vender la vida,
vende la muerte: otros varios:::-
pero basta con lo dicho.
Aquí, Señor, el engaño
y la fuerza son los polos
en que estriban los malvados
sus intentos. Me horrorizo

al

al contemplar profanados
de la virtud, y el honor
los asilos sacrosantos.
¡Ah! Si aquel gran promotor
de la piedad, si mi amado
Duque de Borgoña viese
todo lo que está pasando....
si yo pudiese....

Duq. ¿Qué hariais?

Cond. Manifestarle el contagio,
con que la maldad infesta
este precioso pedazo
de su Ducado. Inclinarle
á remediar tantos daños,
y colocar del rigor
en su justiciera mano
el azote; porque dexe
tantos vicios castigados;
promoviendo así su gloria,
y la dicha de su Estado.

Duq. Se conoce en vuestro zelo
que sois un buen ciudadano.
¿Pero no hay quién en el pueblo
reprima los atentados?

Cond. No Señor, desde que fue
á la Corte el feudatario,
y á un Prepotente encargó
de esta poblacion el mando,
no se conoce otra cosa
que la injuria y el agravio:
¡Oh, si de ella posesion
tomase aquí el Soberano!
que yo entonces por mí mismo
le haria ver el triste estado
de este pueblo.

Duq. ¿Y vos, decidme,
teneis en él algun cargo?

Cond. Le tenia; pero el Duque,
sin duda mal informado
de mi mérito, me ha hecho
Consejero, y esperando
estoy permiso para ir
á besar su régia mano
á Dijón, por ver si logro
eximirme del encargo,
porque no me considero
capaz de desempeñarlo.

Duq. ¿Ni aun á vos os perdonais?

Cond. Soy ingénuo.

Duq. Sin embargo,
en dudar de vuestras luces
os haceis notorio agravio:
¡ojalá que como vos
fuesen todos los vasallos
que tiene el Duque!

Cond. Mirad,
que si me adulais me marcho;
pero yo ya de afanarme
por el mal de otros me canso,
y puesto que sois curioso
id vos mismo á averiguarlo,
acercaos al Legista,
y divertiros un rato.

Duq. Introducidme con él.

Cond. No tengo el menor reparo.
¿Es posible, amigo mio,
que habeis de estar estudiando
siempre?

Leand. Qué quereis que haga
si estoy de asuntos rodeado.
Si no me dexan.

Cond. Es fuerza
descansar algunos ratos.
Aquí un forastero amigo,
para que os conozca traigo.

Leand. ¿Tiene algun pleyto?

Duq. Bastantes.

Leand. Si los poneis á mi cargo
de su exîto os respondo.

Duq. Se que sois un buen Letrado.

Cond. ¿Y ahora de entidad teneis
alguna causa entre manos?

Leand. Si señor, la del Caxero
Pablo Dambelt.

Cond. ¿Y en qué estado
está?

Leand. Acabada del todo.

Duq. ¿Y esperais tener buen fallo?

Leand. No señor, y su delito
satisfará en un cadalso.

¿Y

Cond. ¿Y no se sabe de dónde
ha procedido el desfalco
de la Caxa Real?
Leand. No amigo,
hasta ahora lo ha ocultado,
se sospecha que dimana
de algun ilícito trato
con mugeres.
Cond. No lo creo.
Leand. ¿Pues de dónde ha dimanado?
él no tenia otro vicio.
Duq. Estais algo acolorado
contra Dambelt.
Leand. ¿Qué quereis
que haga yo, si en tales casos
no sirven en las defensas
ni doctrinas, ni alegatos?
Cond. ¿Con qué no tiene remedio?
Leand. Yo uno tan solo he encontrado,
y es satisfacer al punto
el total de su desfalco,
y luego acudir al trono
para conmutar el fallo:
¿pero las veinte mil libras
dónde están?
Cond. ¿No es muy humano,
y caritativo un tio
que tiene?
Leand. ¡Qué equivocado
estais! es caritativo
para poder ser tirano.
Duq. ¿Y la infamia del sobrino?
Leand. Eso no le dá cuidado.
Mirad, en vez de ayudarle
ahora le está negando
del tiempo de su tutela
varias sumas que quedaron
en su poder, con las quales
cubrir podria el desfalco.
Duq. ¿Y quién ganará ese pleyto?
Leand. El tio.
Duq. ¡El cómo, nô alcanzo!
Leand. Exâsperando al sobrino
el litigio dilatando.
Duq. ¡Qué infame! *al Conde.*
Cond. Mejor diriais
á la moderna hombre honrado.
Duq. ¿Y quién es?
Leand. Monsieur Grifing,
un hombre muy hacendado.
Duq. ¡Grifing! con unas pupilas
desea hacer otro tanto.
¿Y quién defiende unos pleytos
tan injustos, y tiranos?
Leand. Yo.
Duq. ¿Vos?
Leand. Sí, ¿qué os maravilla?
Duq. El ver que estais empuñando
á un tiempo contra el sobrino
la espada, y con la otra mano
quereis defenderle.
Cond. Pues:
y os dirá que es hombre honrado.
Leand. Como son casos diversos
puedo hacerlo sin reparo.
Duq. ¿La causa de las pupilas,
decidme, está en vuestras manos?
Leand. Si señor, es un cliente
Monsieur Grifing muy bizarro,
y le defiendo sus pleytos,
porque en pagar es exâcto.
Duq. ¿Y en este tiene razon?
Leand. Aunque no la tenga, vamos
él y yo haciendo de modo,
que la verdad en los autos
no parezca, porque luego
el Juez no pueda fallarlos.
Duq. Siendo esas causas opuestas
á toda justicia, yo hallo
que no os haceis el menor
honor.
Leand. Todo lo contrario:
los hechos dificultosos
son los que son estimados.
¿En el dia á un General
que ha vencido sin conrrarios
se le elogia? A los litigios,
que anda la razon en bandos,
debo el crédito. Decidme,
¿quándo está el asunto claro,
la razon y la evidencia
han menester de Abogados?

No

No, es preciso distinguirse,
y con eloqüentes rasgos
hacer guerra á la verdad,
el juicio trastornando
de los Jueces con sofismas
y conceptos encumbrados,
que ni los entienda el Juez,
ni aquel que los ha inventado.
Esta eloqüencia, y el pleyto,
que puede durar medio año
hacerle durar catorce,
es la ciencia, y el conato
mejor para tener fama
en el dia un Abogado.

Duq. Esos Letrados que abusan
del modo que habeis pintado
de su facultad, no deben
tener nombre de Letrados,
ni lo son; han conseguido
con el ardid, ó el engaño
un título con que brillan,
y dan honor al estado
tantos sábios laboriosos
como vemos ocupados
en ser de la ley apoyo,
y de la justicia ornato.
Mucho celebrára ver
á Grifing.

Cond. Si otros cuidados
no os agitan, bien pronto
podeis salir de él. Miradlo.

Sale Monsieur Grifing y Fabricio, se sientan en la Botica á leer unos papeles.

Duq. A mis ojos les parecen
están un monstruo mirando.

Leand. A Dios amigos.

Grifing. Señores,
á todos beso las manos.

Fab. Vamos á leer estas cartas:
hoy el correo fue largo.

Grifing. ¿Qué es esto que esta mañana
habeis madrugado tanto?

Leand. Amigo, por vos la noche
toda la he pasado en blanco.

Grif. ¿Qué tal? salió á vuestro gusto
ese postrero alegato?
¿Ganaremos?

Leand. ¿Quién lo duda?

Grifing. Amigo, dadme la mano,
con eso me dais aliento
para poder sin empacho
hacer con los pobrecitos
los acostumbrados actos
de caridad.

Leand. En muriendo,
os vais vestido y calzado
al cielo.

Grifing. Bastante afan
me cuesta, amigo, el ganarlo.

Leand. Pero vos esta mañana
tambien habeis madrugado.

Grifing. Es verdad: primeramente
al Señor he visitado
en su templo: á la salida
á todos quantos ancianos
he encontrado unas monedas
por mi mano les he dado.
Luego he ido al Hospital
á llevar á los cuitados
enfermos las pastillitas
de chocolate, los ramos
de flores, el caramelo,
y á darles en sus trabajos
consuelo; todos los dias
esto es lo primero que hago,
y asi Dios me ayuda.

Cond. Este hombre
tambien pasa por honrado.

Duq. ¡Qué pérfido! pues teneis
un corazon tan humano
hacedlo ver con los propios,
antes que con los extraños.
Vuestro Sobrino:::-

Grifing. ¿Sois vos
su Procurador acaso?

Duq. Soy un hombre que recuerda
á vuestra virtud su amparo.

Grifing. ¿Le conoceis?

Duq. No por cierto.

Grifing. De su conducta enteraos,
y hablaremos.
Duq. ¿Qué os ha hecho?
Grif. ¿Qué me ha hecho? Me ha llenado
de mil zozobras, pretende
para cubrir su desfalco,
que yo le pague un dinero;
que dice que le he usurpado.
Duq. Pero el parentesco debe....
Grifing. De mí ya está emancipado.
Cond. ¿Pero sufrireis que muera?
Grifing. Yo en eso, ni entro, ni salgo.
Duq. ¿Y el honor?
Grifing. No me afligais,
ó si no de aquí me marcho.
Duq. ¡Qué insensible! Yo no sé
como puedo tolerarlo.
Decid, ¿qué palacio es ese?
Cond. El que fue del Feudatario.
Se ven ácia el pórtico del Palacio á Sofía, y Claudio.
Duq. ¿Y quién son aquellos dos
que se están alli paseando?
Cond. El uno es Claudio el que tiene
interinamente el mando;
y la otra es la muger
del Caxero desgraciado.
Duq. ¿De qué hablarán?
Cond. Yo presumo,
que ella le está suplicando
por su marido.
Duq. Pues él
la escucha con poco agrado.
Cond. Es que ella en algun tiempo,
fue muy querida de Claudio.
Duq. ¿Cómo habiendola querido
no se duele de su llanto?
Cond. Por su desgracia es honesta.
Duq. Con eso me decís harto.
¿Pero quién es ese hombre?
Cond. Bastará para enteraros
de su conducta, deciros,
que el que falta á saludarlo,
se hace con él casi reo
del mas enorme atentado.
Grifing. ¿Quién es ese?
Leand. Un fenomeno
ambulante.
Fab. ¡Caso extraño!
¡Qué noticia!
Leand. ¿Qué hay de nuevo?
Fab. Que ha salido el mes pasado
de Dijon con una escolta
numerosa de soldados
nuestro Duque, y aseguran
infinitos cortesanos,
que á tomar posesion viene
de esta Ciudad, que le ha dado
por el amor, ó la fuerza
nuestro antiguo Feudatario.
Leand. No lo creo, porque habria
el aviso anticipado.
Fab. Yo celebraré infinito,
que no venga el Duque á honrarnos.
Leand. ¿Por qué?
Fab. Porque mi bolsillo
no está ahora para gastos.
Duq. ¿Con que vos, si aquí viniese,
no tributarais aplausos
á un Señor, que el patrimonio
consume con sus vasallos?
Fab. Por mí no ha gastado nada.
Duq. Con los pobres ha gastado.
Fab. Que le reciban los pobres.
Duq. ¿Qué decís de este villano?
Cond. ¿Qué he de decir? Que tambien
es á la moderna honrado.
Claud. No es este sitio oportuno
para que hablemos despacio.
Déxame, que yo veré
si puedo servirte en algo;
pero pides imposibles
porque suplo al Feudatario
solamente hasta que el Duque
de esta poblacion el mando
confie á otro; yo no tengo
facultades para tanto:
á nada me determino.
Sofía. Yo de aquí no me separo
hasta que alguna razon
escuche de vuestros labios
favorable. No ignorais

de

de mi marido el estado
deplorable, los rigores,
las penurias, y trabajos
de la prision en que gime.
Su salud ha quebrantado
de modo, que ácia el sepulcro
va su vida encaminando:
y asi, señor, de mí y de él
doleos, si sois humano.
Claud. ¡Ingrata, para pedirme,
para moverme con llantos,
debias de tus desprecios,
primero haberte acordado.
Sofia. Si quereis entre los héroes
en la edad eternizaros,
sujetad vuestra pasion,
y haced lo que os ruego tanto:
mientras que de vos dependa
de mi marido el estado
os importunaré.
Claud. Digo,
que nada puedo en tal caso.
¡Pero ah, que tu has nacido
para excitar mis cuidados,
para hacerme guerra! vete:
yo veré si arbitrio hallo
de servirte; pero mira,
que no olvides que te amo.
Sofia. ¡Ah señor! sed generoso,
y no querais inhumano
exigir por una gracia
un premio tan temerario:
no afrenteis vuestro carácter,
ni á los justos Magistrados.
Claud. ¡Ah cruel!
Sofia. Por el raudal
de lágrimas que derramo.....
Clau. Vete, y vuelve de aquí á un poco,
que yo miraré entre tanto
lo que puedo hacer.
Sofia. ¿Podré,
enmedio de sus quebrantos,
dar algunas esperanzas
de vuestra parte á mi amado
esposo?
Claud. Haz lo que quisieres.
Sofia. Pues á consolarle parto.
Amor conyugal, amor
puro, dirige mis pasos. *vas.*
Claud. Vé, pues, pero de tu esposo
yo haré por quedar vengado.
Baxa Claudio, todos al verle se levantan, y le saludan, menos el Duque.
A Dios, señor Conde, á Dios
Fabricio, ¿tenemos algo
de nuevo?
Fab. Que de Dijon
ha salido el Soberano
para esta Ciudad.
Claud. Locura.
¿El Duque estará pensando
en eso?
Leand. Lo mismo digo.
Claud. ¿Cómo va señor Letrado
de pley os?
Leand. Vá grandemente.
Grif. En Borgoña no hay un sábio
igual.
Claud. ¡Oh Monsieur Grifing!
Grifin. ¿Teneis que ocuparme en algo?
Claud. No, amigo, ¿quién es aquel,
que ocupa del Conde el lado?
Grifing. Un feró neno ambulante.
Claud. La adustez que está mostrando
es sospechosa.
Grifing. Ni menos,
saludaros se ha dignado.
Claud. Llamadle.
Grifing. Aquel poderoso,
dice, que desea hablaros.
Duq. ¿Qué quereis?
Claud. ¿De dónde sois?
Duq. De Dijon.
Claud. ¿Sois hombre honrado,
ó plebeyo?
Duq. Nací noble.
Claud. Parece atrevido y raro. *ap.*
¿teneis aqui algun asunto?
Duq. Discurro, que tendré varios.
Claud. Decidme, pues, ¿quáles son?
Duq. Vos os habeis empeñado
en indagar mis secretos,

y yo me empeño en callarlos.
Claud. Si no os dais á conocer,
yo haré de este pueblo echaros.
Duq. Pronto me conocereis.
Claud. Pues conoceros aguardo.
A Dios. *vase.*
Fab. Voyme á mi Botica:
no he visto hombre mas extraño.
Se entra.
Grifing. Al fenómeno ambulante,
cómo le ha humanado Claudio.
Cuidado con mis negocios. *vas.*
Leand. Ahora voy á despacharlos.
Se fué, me voy á los trucos
para divertirme un rato. *vas.*
Duq. ¿Qué es esto, que á un mismo tiempo
todos de aqui se han marchado?
Cond. Se han ido, porque no juzgue,
que aquí con vos se quedaron.
Duq. ¿Y vos conmigo, igualmente,
no estais temiendo quedaros?
Cond. De ninguno yo dependo:
venid, y seguid mis pasos.
Duq. Ya os sigo, ¡qué de maldades
por mí mismo he averiguado!

ACTO SEGUNDO.

Salen de la Botica Amelia, y Fabricio siguiéndola.

Fab. ¿Dónde vas?
Amelia. Voy aquí fuera
à tomar un rato el fresco,
porque estoy de la jaqueca
fatal.
Fab. No te vayas lejos.
Amelia. Si voy á sentarme aquí.
Fab. Sientate, que aqui está bueno.
Sobre aquel particular
deseo saber tu intento:
el novio es apetecible
por su lustre, y su dinero:
conque, ¿qué resuelves? Dilo.
Amelia. Que no le quiero, resuelvo.
Fab. ¿La escritura? ¿la palabra?
Amel. ¿Ahora os parais en eso?
¿Qué importa que ofrezca un padre
de qualquier hijo el afecto,
si el hijo cumplir no quiere
del padre el ofrecimiento?
¿Os habeis de casar vos,
ó yo?
Fab. ¿No accediste á ello
entonces? ¿No lo aprobé
yo?
Amel. Sí; pero ya no quiero.
Fab. Con ese genio voluble,
me has de acarrear un pleyto.
Amel. Yo lo sabré defender.
Fab. Mira:::-
Amel. Dexadme un momento,
porque el dolor de cabeza
casi tolerar no puedo.
Fab. Que ella me haga quedar mal
á mí, no me importa un bledo,
que si traté de casarla,
fue solo por el dinero.

Entrase en la Botica, y salen el Duque, y el Conde por un lado del Café.

Cond. Al lugar acostumbrado,
venid otra vez de nuevo.
Duq. Bien lo necesito, amigo,
porque cansado me siento.
Cond. ¿Quereis chocolate?
Duq. No,
que ya es tarde para ello.
Cond. ¿Què juicio habeis formado
de quánto visteis?
Duq. Confieso,
que me ha dexado confuso;
y que me parece un sueño.
Reconozco, que á mis ojos
se ocultan muchos objetos
del mundo; yo le creia
bueno, veraz, y sincero,
y he visto, que es todo él
impostura y fingimiento;
de modo, que de mí mismo
á dudar tambien comienzo.
Cond. ¿Veis, si digo bien, que todo
es amor propio? Ese fiero
coloso, que prepotente

hoy domina el universo,
corrompe de la virtud,
y la religion los fueros;
y el hombre mas animal
que el animal, aunque menos
sincero, solo á sí mismo
se ama, sin que el objeto
de su amor, jamás emplee
con sus próximos, á menos
que en ello no reconozca,
que le ha de seguir provecho.
Delante del amor propio
las virtudes cobran miedo,
y los vicios al instante
procuran tomar su aspecto,
y confunden la razon.
¿No digo verdad en esto?
Duq. Mucho habeis vos estudiado
el mundo.
Cond. Es así, y contemplo,
que ese ser debia el libro
de los Monarcas.
Duq. Del tiempo
perdido, ¡quánto yo mismo *ap.*
á mí mismo me reprendo!
Cond. ¿Qué teneis?
Duq. A la memoria
me ha venido un pensamiento....
¿mas quién es aquella jóven?
Cond. ¿En qué estabais discurriendo?
Duq. Decidme, ¿quién es?
Cond. La hija
de un Boticario.
Duq. Comprehendo,
que os mira con buenos ojos.
Cond. ¿Quereis que à hablarla lle-
Duq. Vamos. guemos?
Cond. A Dios señorita.
Poned cuidado en su genio, *ap.*
y divertiros un rato.
Amelia. Me alegro mucho de veros.
Parece que os olvidasteis,
de que yo hablaros deseo.
Cond. ¿A mi?
Amelia. Sí: vaya, sentaos.
Duq. Si es el asunto secreto
me retiraré.
Amelia. No, no,
bien podeis tambien saberlo:
oid, pues.
Cond. Antes de entrar
en ningun discurso, quiero
saber quándo os casais.
Amelia. Nunca.
Cond. ¿Qué decis?
Amelia. Que ya no quiero:
y sobre esto es el asunto,
por el qual queria veros.
Cond. Señora, despues de un año
y algo mas de fino obsequio,
mediando vuestra palabra,
habiendo un contrato hecho.....
Amelia. Como no está celebrado,
no tiene el menor efecto.
Cond. ¿Y la palabra?
Amelia. Aun estoy
de faltar á ella á tiempo.
Cond. ¿Y si por fuerza os obliga
el novio á su cumplimiento?
Am. Leandro en un mes me ha dicho
que tiene el trato deshecho.
Cond. Pero para ello, sin duda,
tendréis grandes fundamentos.
Amelia. Y muy grandes.
Cond. ¿Quáles son?
Amelia. El tener poco dinero.
Cond. Poco dinero, ¿y cada año
junta ocho mil liras?
Amelia. ¿Y eso,
qué es para una niña hermosa,
educada á lo moderno?
Cond. Mucho, si se considera,
que hay en Borgoña sugetos
casados con menos renta,
que viven con lucimiento.
Amelia. Si yo ajusto aquí la cuenta
os haré ver que no tengo
para ocho meses, los quatro
restantes, hé ¿*quid faciendum*?
Cond. Ahí entra la economía.
Amelia. Parece que en un desierto
os criasteis, esa voz

ha mucho que en nuestro pueblo
no se escucha, ¿qué papel
una muger de talento
haria en el mundo con
tan poquísimo dinero?
Cond. ¿Quándo le disteis el sí,
por qué no mirasteis eso?
Por otra parte conozco,
que no es digno de desprecio
vuestro novio: su persona,
su agasajo, y su concepto,
le adquieren con todo el mundo
el mas singular aprecio;
y sé que le habeis amado.
Amelia. Es asi, y con mucho exceso.
Cond. ¿Y ahora, por qué no le amais?
Amelia. ¿Debe el amor ser eterno?
Un año de amor vehemente
estenúa los afectos,
y es fuerza economizarlos,
por no quedarse sin ellos.
Cond. ¿Y al año que esteis casada
qué reservareis á vuestro
marido?
Amelia. ¿Qué? la amistad.
Cond. Y de alli, á muy poco tiempo
¿la indiferiencia, ó el odio,
no es verdad?
Amelia. No digo yo eso,
ni soy capaz....
Cond. Ya, ya, estoy:
¿tendreis algun amor nuevo?
Amelia. Ah...
Cond. ¿Os reis?
Amelia. ¡Qué malo sois!
Cond. ¿Con que lo acerté? Muy bueno;
¿Y quién es?
Amel. ¿Pues qué, mis ojos
claro no lo están diciendo?
Cond. No.
Amel. Paciencia: la torpeza
que en manifestar mi afecto
tienen, la corregirán
mis labios. A vos os quiero.
Cond. ¿De quando acá?
Amelia. Desde ayer.
Cond. ¿Y me lo estais encubriendo?
Am. ¡Qué quereis! Si mi verguenza...
Cond. ¡Oh! es mucha la que en vos veo.
¿Cómo podria pagaros
el alto favor que os debo?
Amel. No me avergonceis por Dios
con gracias, ni cumplimientos.
Cond. ¿Y para qué me quereis
para marido, ó cortejo?
Amelia. Para marido.
Cond. Ya estoy:
en vez del otro, ¿no es eso?
Amelia. Asi es.
Cond. Pues señorita,
para que no os pese luego,
quiero hablaros claro: vos
despreciais, segun me acuerdo,
al novio porque tan solo
tiene ocho mil liras.
Amelia. Cierto.
Cond. Pues yo junto nueve mil,
y resulta del exceso
de las mil que junto mas,
que para un mes mas yo tengo,
y que en el resto del año
vos y yo pereceremos;
este articulo es dificil
de arreglar, segun voy viendo.
Amel. Pues por mí ya está arreglado,
porque de veras os quiero.
Cond. Con eso vos me colmais
de placer; y pues de acuerdo
vamos, para concluir
á otro articulo pasemos.
Yo reputo la amistad
por el tesoro mas bello
del mundo, pero tan solo
con los hombres la apetezco,
porque aunque con vuestro esposo,
pensais vos tenerla luego:
si á ser mi muger llegais,
no podré avenirme á ello;
porque yo de mi muger
exîjo un amor muy tierno,
y que le dure este amor
hasta su fallecimiento:

¿para hacer tal sacrificio,
os sentis vos con esfuerzo?
Amelia. Sì, señor.
Cond. Ratificadlo
con solemne juramento.
Amelia. Yo lo juro.
Cond. Ahora, dadme
fiador de que hareis todo esto.
Amelia. Es imposible.
Cond. ¿Imposible?
Obligaos desde luego
por escrito, á que si acaso
faltais á tenerme afecto,
ofreceis cederme el dote,
y marcharos á un Convento.
Amel. Yo no me obligo á tal cosa.
Cond. Pues; ¿y vuestro juramento?
Amel. Yo no juré....
Duq. ¿Sabeis vos,
quién quita al hermoso sexô
el mérito?
Amel. Los caprichos.
Duq. Y despues de ellos el tiempo;
y si éste se pasa sin
haber elegido empleo
en la Sociedad ó el Claustro,
quedan luego á ser objeto
del escarnio de los hombres
los rostros mas hechiceros.
Cond. ¿Qué decis de esto?
Amel. Tan solo
os digo, que sois un necio,
y que os hace vuestro modo
indigno de mis afectos.
Fabricio se asoma en la Botica machacando, y desde allí, dice.
Fab. Le admitirá, sí señor;
le admitirá.
Amel. Yo no quiero,
y de quantos hombres hay
en este mundo, reniego.
Entra en la Botica.
Fab. Le admitirá, si señor,
le admitirá.
Cond. ¿De todo esto
qué decis?
Duq. Que aquesta loca,
me ha divertido en extremo.
Cond. De la educacion moderna
aquestos son los efectos.
Sale Anselmo, y se arrima á la Botica.
Anselm. A Dios Fabricio.
Cond. Ese hombre
es un Médico estupendo,
segun dicen.
Fab. Ya hace dias,
que estaba deseando veros.
Duq. ¿Es ese vuestro Doctor?
Cond. No lo permitan los Cielos.
Ans. Señor Conde, ¿quánto aplaudo
hallaros en este puesto?
corred que está el Secretario
de Claudio Rinault muriendo
y antes de morir, desea
revelaros un secreto
importante.
Cond. ¿Qué decis?
Anselm. Que os espera.
Cond. Al punto vuelvo. *vase.*
Duq. Cumplid con la humanidad
entre tanto que os espero.
Anselm. ¿Qué es lo que teneis que hablarme?
¿pero vos conmigo serio?
Fab. No he de estarlo habiendo visto,
que de mí no haceis aprecio.
Anselm. ¿Cómo pues?
Fab. Antes de ahora
no podian dos mancebos
despachar vuestras recetas
en mi Botica, y hoy veo
que tan solo venir suele
alguna de tiempo, en tiempo.
Anselm. Estando, como estais rico,
extraño vuestros recuerdos.
Fab. ¡Rico, rico! No estoy pobre,
pero están malos los tiempos.
Anselm. No lloreis: con mis recetas
habeis juntado dinero
en abundancia.
Fab. Es verdad,

y por lo mismo, ahora os ruego
me protejais.
Anselm. Si he de hablar
con claridad, no me atrevo,
porque por vos á sentir
empiezo remordimientos.
Fab. ¿Por mí?
Anselm. Sí, señor, por vos,
porque teneis los efectos
de la Botica apestados,
y matan á los enfermos.
Fab. ¿Un Médico escrupuliza
sobre eso?
Anselm. En fin yo no quiero.
Fab. En matar, soy yo el cuchillo,
y vos soys el carnicero.
Anselm. ¿Qué nuevo lenguaje es ese?
¿dudais vos de mi talento?
Fab. No, pero con justa causa
vuestra conducta condeno.
Anselm. Soys un ingrato.
Fab. Despacio,
amigo nos conocemos:
yo sé que á la especie humana
le habeis vos mas daños hecho
que una bateria: vos
no curais sino á aquellos
que son ricos, vos:::-
Anselm. Despacio,
que en eso hago lo que debo;
porque si el enfermo es rico,
ó poderoso en el pueblo,
es muy sonada la cura.
Le supone mas un yerro
á un Médico con un rico,
que con un pobre un acierto.
Qué fama, ni qué renombre
veis vos que tengan aquellos,
que andan curando á los pobres
en caridad; nadie de ellos
se acuerda, nadie los llama,
ni jamás tienen concepto.
Ricos, ricos, que si mueren,
regalan los herederos.
Duq. ¿Qué nueva raza de iniquos?
no sé como los tolero.
Fab. Dios me libre de ser pobre,
que si acaso caigo enfermo,
no me querreis asistir.
Anselm. Entonces, ya lo veremos.
Pero volviendo al asunto,
¿presumis vos que yo creo,
aunque los mando tomar,
en muchos medicamentos?
No, amigo, naturaleza,
naturaleza.
Duq. Sabiendo
eso, ¿por qué los mandais?
Por que con gastos superfluos
perjudicais las familias,
y tal vez á los enfermos?
Anselm. Yo encontré la facultad
así, y dexarla así pienso.
Duq. Haceis muy mal.
Anselm. Que lo enmienden
allá nuestros venideros.
Duq. Aunque vos pensais así,
todo lo contrario vemos,
que piensan otros: ¡qué elogios
no han merecido, qué premios,
los que en esta facultad
apuraron su talento,
y su eficacia en favor
de la salud de los cuerpos,
sin que atendieran al rico,
mas que al pobre sus esmeros!
La audacia con que pronuncian
su culpa les hace reos, *ap.*
y mas dignos del castigo,
que sus iniquos excesos.
Sale Mariana con una receta, y una botella en la mano, y se acerca con temor á la Botica.
Fab. Qué quereis?
Mariana. Esta receta.
La toma Fabricio, lee, y dice.
Fab. Diez liras.
Mariana. Y nada menos?
Fab. Nada menos.
Anselm. Vaya, hacedle
alguna gracia.
Fab. No puedo:

se-

serán nueve.
Mariana. Está muy bien.
Fab. Y traes aquí el dinero?
Mariana. No señor, pero mañana:::-
Fab. Marcha á otra parte por ello.
Mariana. Yo pagaré, si....
Fab. En mi libro
no cabe tu nombre.
Mariana. Pero:::-
Fab. Ya te he dicho, que te vayas.
Mariana. Mi padre se está muriendo,
y no os hagais responsable
á su hija, al mundo, y al cielo
de su vida.
Fab. Ya te he dicho
doce veces, que no puedo.
Duq. ¿Quánto vale la receta?
Fab. Diez liras.
Duq. Tomadlas luego.
Fab. Ya os sirvo: las buenas caras
siempre hallan benignos pechos.
Duq. Esto no es de la receta.
Fab. Pero sirve de ornamento
á la botella.
Mariana. Señor,
por el bien que me habeis hecho,
el cielo os dé tanta vida,
como para mi deseo.
Si no es por vos mi buen padre
no tendria este remedio.
Fab. Toma, y llevale á tu padre
al punto el medicamento,
despacha; pero pregunta
al errante caballero,
dónde vive, para ir
à darle las gracias luego.
Duq. Atájad vil maldiciente
vuestros iniquos acentos;
y contemplad, que quizá
teneis muy cercano el tiempo
de tener que avergonzaros
de todos vuestros excesos.
Fab. ¿Quién lo dice?
Duq. Quien lo sabe.
Fab. Me voy por no responderos. *vas.*
Duq. Indigno, de mi castigo *ap.*
pronto verás los efectos.
¿Quién soys vos?
Marian. Soy una joven,
que de servir me mantengo.
Duq. ¿Y ahora vuestro pobre padre
está gravemente enfermo?
Marian. Si señor.
Duq. ¿Y en qué se emplea?
Marian. En pescar, y ahora tenemos
para curarle, que dar
á vender redes, anzuelos,
y quanto hay en casa.
Duq. ¿Y nadie
os socorre?
Marian. Bien tenemos
un pariente muy honrado
que podia; pero el vernos
pobres hace, que se niegue
hasta á ser pariente nuestro.
Duq. Nunca imaginé, que el mundo
fuese tan vil y perverso:
Con esta bolsa aliviad
á un padre, por quien os veo
tan interesada. *La da un bolsillo.*
Marian. Ved....
Duq. Escusa los cumplimientos,
y conoce que si hay hombres
en este mundo perversos,
hay tambien hombres, que saben
hacer ver que los hay buenos.
Marian. Permitid, que á vuestras
plantas.....
Duq. Lleva á tu padre el remedio.
Marian. Esta piedad la aprendisteis
de nuestro Duque, ó del cielo. *vas.*
Duq. Vosotros desconocidos
á la humanidad, severos
opresores de la especie
humana, ¿quando sangrientos
devorais à vuestro hermano,
sentis, por ventura, dentro
de vuestro pecho el placer,
que en este instante yo siento
con el socorro que he dado
á ese miserable enfermo?

Salen en el foro Sofia y Claudio.

Barbaros ! Pero qué miro?
ya la muger del Caxero
perseguido á importunar
vuelve al pérfido con ruegos:
por no anticipar mi furia
retirarme alli resuelvo.

Entra en el Café.

Cl. ¿Con qué vos quereis que os hable
en la calle? entrad adentro
del Palacio como todos,
que alli os diré lo que puedo
hacer por vos.

Sofia. ¡Ah Señor!
no exîjais de mí mas premio
por vuestra bondad que aquel
que apruebe el honor y el Cielo:
decidme ¿qué habeis pensado?

Claudio. He pensado lo primero
pagar el debito al Duque
de vuestro marido, y luego
con mi autoridad dar fin
á su desgracia.

Sofia. El exceso
del gozo no me permite
mostrar mi agradecimiento:
Dios os colme de favores.

Claudio. Dexad importunos ruegos
y oidme, ¿vos estimais
á vuestro esposo?

Sofia. Los Cielos
son testigos del amor
que le profesa mi pecho.

Claudio. Pero por su amor no es
justo
que falteis á los respetos
de la gratitud, haced
por vuestro esposo á lo menos
algun sacrificio.

Sofia. ¿Y quál
exîjís que haga en su obsequio?
¿quereis mi vida?

Claudio. No tanto.

Sofia. ¿Pues qué quereis?

Claudio. Que en tu pecho
alimentes para mí
algunos leves afectos.

Sofia. ¿Qué no ha de bastar mi llanto,
mi dolor á enterneceros?
¿qué no os contempleis capáz
del beneficio que os ruego
por amor á la virtud
sino por fines siniestros?
¿dónde está la humanidad?

Claudio. De modo que yo me empeño
en aliviaros, y vos
en llenarme de improperios;
pero sin embargo oid.

Sofia. No querais, Señor: valeros
de mi destino: mirad
que no es justo, ni bien hecho
que apeleis en este lance
á tan detestables medios:
vos no nacisteis sin duda
para mandar: los que el Cielo
y el Rey destinó á este fin
nunca asi se envilecieron.

Claudio. ¿Al paso que me rogais
me tratais con vilipendio?

Sofia. A mi marido, y no á vos
soy deudora del afecto
solamente, y no es estraño
que al mirar vuestros intentos
me propase. A mi marido
hasta mi postrer aliento
juré amor, y prescindir
del juramento no puedo:
por su vida, si quereis,
me desprenderé al momento
de la mia . . . Pero á costa
del honor y el vilipendio
ni la quiero, ni la busco:
esto, Señor, os prevengo,
para que sepais, que en caso
que insistais sordo á mis ruegos,
lloraré, suspiraré,
de quejas poblaré el viento;
pero con Dios y los hombres
mi honor conservaré ileso.

Claudio. ¿Quién te dice lo contrario?
quando dime te he propuesto
co-

cosa ofensiva á tu honor?
Yo tan solamente quiero,
que me ames, mas sin delito.
Sofia. ¡Sin delito! No os entiendo.
Claud. Sosegaos, que á enteraros
voy de todos mis intentos.
Ya sabeis que vuestro padre
no accedió á nuestro himeneo
por la gran desigualdad
de mi nacimiento al vuestro.
Sofia. Proseguid.
Claud. Las voces vagas,
que sobre esto se extendieron,
dieron lugar, á que muchos
interpretasen el hecho
siniestramente, y pensasen,
que de vos nació el desprecio;
por lo qual fui del amigo,
y el pariente el menosprecio,
viendo que siendo yo mas,
triunfaba el que era menos;
con que para apaciguar
estas voces en el pueblo,
quiero que de vuestro amor
me deis algun documento.
Sofia. ¿En qué terminos? Hablad,
no me tengais padeciendo.
Claud. Poniendome por escrito,
que me profesais afecto;
que de vuestro padre solo
fue dimanado el desprecio;
que si hubierais elegido
libremente entonces dueño,
me hubierais la preferencia
dado á mí: tan solo esto
exîjo de vos, mirad
si menos exîjir puedo.
Sofia. Extraño la pretension,
y sus conseqüencias temo.
Claud. Vos de todo recelais:
¿en qué esto puede ofenderos?
Sofia. No me aflijais, por mi esposo
hacer imposibles pienso;
pero el papel:::-
Claud. ¿Qué decis?
Sofia. Que escribirle no me atrevo,
Claud. Las excesivas angustias,
los continuos sentimientos,
que muestras por tu marido,
¿al ver que te niegas á esto,
quién podrá creer?
Sofia. No debe
de ningun modo ofenderos
mi temor, de mi marido
dexad que tome consejo,
y si no tiene reparo,
estoy pronta á obedeceros.
Claud. Anda vé; pero no tardes
en declararme tu intento,
que de mí no penderá,
tal vez luego tu consuelo:
despacha, y de mi bondad
aprovechate, y del tiempo.
Sofia. Así para ir, y volver
me prestase alas el viento.
Claud. En la entrada del Palacio,
por complacerte, te espero.
Sofia. ¡Protejed mi honestidad
en tal desventura, cielos! *vas.*
Claud. Me parece que logrados
tengo todos mis proyectos.
Sale el Duque del Café.
El forastero. Decidme,
¿quándo me hareis manifiesto,
quien soys?
Duq. Antes de mañana
con vos descubrirme pienso.
Claud. ¿Antes de mañana? basta,
que ya comprehendido os tengo. *v.*
Duq. Infelíz, que ya se apresta
contra tu altivez el ceño.
Sale el Conde.
Pero el Conde: ¡quánto aplaudo
que hayas venido tan presto!
Cond. De lo que de ver acabo,
absorto, y confuso vengo.
Duq. ¿Qué habeis visto?
Cond. De los hombres
honrados, esto es, perversos,
una trama abominable.
Duq. ¿Decidme, y saberla puedo?
Cond. Quisiera manifestarla

ante todo el Universo.
Ya sabeis vos el destino
del desgraciado Caxero.
Duq. Si lo sé.
Cond. Pues confundios
al oir los fundamentos.
Ya sabeis, como antes dixe,
como Claudio en algun tiempo
fue amante de su muger;
pero el iniquo, creyendo
que por Dambelt no atendia
sus reprehensibles deseos,
buscó modo de arruinarlo,
y para siempre perderlo;
y para este fin (temblad
al oir tan vil proyecto)
se valió del Secretario,
ministro de su secreto,
que ahora acaba de espirar,
quien la eternidad temiendo,
la inocencia de Dambelt
ha confesado, y su exceso.
Duq. ¿De qué medios se valió
para engañar al Caxero?
Cond. De estos. Supuso una urgencia
en su familia, que expuesto
le tenia á que su honra
padeciese detrimento:
le rogó, le suplicó,
y Dambelt, que es muy sincero,
le dió sin recibo alguno
quanto le pidió el perverso.
El fiero Claudio, que estaba
con el iniquo de acuerdo,
le pidió cuentas; y al verse
en tan grande descubierto,
fue al Secretario, y el vil
con falsos ofrecimientos
le consoló; pero el triste
fue á la carcel, como reo
conducido, donde el nombre
respetan aún del perverso,
esperando todavía
la libertad por su medio.
Duq. ¡Absorto estoy! ¡que á estos hombres
el peso de sus excesos
no les confunda!
Cond. Del trono
del despotismo arrojemos
á estos tiranos; yo parto
á Dijon á los pies régios
del Duque á implorar justicia
contra tan infames hechos.
Duq. Suspendedlo hasta mañana,
que acompañaros pretendo,
ó el viage ahorraros.
Cond. ¡Cómo!
¿teneis vos algunos medios?
Duq. ¿Quién sabe? Puede que sí.
Cond. Venid, que comer deseo
con vos.
Duq. No tengo reparo.
Cond. Vamos, y en tanto hablaremos
del castigo de los malos,
y del premio de los buenos.

ACTO TERCERO.

Sale Sofia pensativa, y se va encaminando al Palacio.

Sofia. Sin embargo, que una sombra
es capaz de dar sospechas
á mi esposo, del papel
que Claudio de mí desea,
me ha dicho distintas veces
que nada malo recela:
él conoce bien el mundo,
y esto á escribirle me alienta.

Salen por el lado opuesto el Duque, y el Conde.

Duq. ¿Qué miro? por todas partes
á mis ojos se presenta
esta muger.
Cond. El amor
enagenada la lleva
tras del consuelo, que no halla
sino es en sus mismas penas.
Sofia. ¿Qué dudo? Entró en el Palacio
á escribir.... ¡qué angustias fieras
se apoderan de mi pecho
al atravesar sus puertas!

yo me vuelvo... yo desisto
de tan arriesgada empresa...
¿pero, y mi esposo?.. ¿Sofia,
podrás sin morir de pena
verle gemir oprimido
del dolor, y la miseria
en una carcel?.... Son flacas,
son muy débiles mis fuerzas,
¿pues qué hago? ¿qué me detengo
que no penetro resuelta
el palacio? Nada temo,
mis intenciones son rectas,
y Dios que conmigo va
protegerá mi modestia. *Entra.*

Cond. La infeliz en la malicia
la sencillez hallar piensa.

Duq. Al mirar estas infamias,
de mí el furor me enagena;
pero yo juro, que pronto
las vengará....

Cond. ¿Quién?

Duq. La diestra
del que es todo sábio y justo,
quando no lo haga en la tierra
la justicia.

Cond. En vos observo
unas confusas ideas,
que me dicen::-¿qué mirais?

Duq. Que aquí un Labrador se acerca.

Sale un Labrador decrépito, reconociendo la Plaza.

Lab. ¡Bueno! ¡por mi fé que es bueno
todo! ¡qué torres! ¡qué almenas!
¡qué palacios! ¡que edificios!
Es magnífico de veras.
Bien me decian mis hijos,
que era esta Ciudad muy bella.

Duq. Me parece que en este hombre
la sencillez se conserva.

Cond. Vamos á hablarle, y veremos
si vuestra opinion es cierta.
¿Ha buen hombre?

Labr. ¿Quién ha dicho,
que yo lo soy?

Cond. De manera
que.....

Labr. Sin estar enterado
todavia de mis prendas,
me dais un nombre, que hay pocos
que en este mundo merezcan.

Duq. Este nombre se dá á aquellos
que de hombres de bien se precian.

Labr. No basta que ellos se precien,
es menester que lo sean.
No confundais el buen orden.

Duq. ¿Vos lo soys?

Labr. Aunque lo sea,
no debo decirlo: vos,
una vez que os interesa,
indagadlo.

Duq. Sus razones
con el trage no concuerdan.

Labr. Hasta en los montes, señor,
anda escasa la inocencia;
pero dexadme sentar.

Duq. Sentaos en hora buena.

Federico se dexa ver, y se vuelve á entrar.

Cond. ¿Vos sereis de estos contornos?

Labr. Así es: soy de una aldea,
diez millas lejos de aquí.

Cond. ¿Qué os parece la opulencia
de la Ciudad?

Labr. Me parece
bien; pero mas me deleytan
mis majuelos, mis frutales,
mis campos, y mis colmenas;
porque aquí entre dos paredes
se me antoja que me encierran,
y que la mitad del ayre
respirar solo me dexan.

Cond. ¿Qué os parece?

Duq. Que este anciano
dá de ser honrado muestras.

Sale Federico, y le trae una taza de Café.

Fed. Ya estais servido.

Labr. Mil gracias;
¿pero qué bebida es esta?

Fed. Café.

Labr. ¡Café!

Fed. Se conoce

que es esta la vez primera
que le ha tomado: probadle.
Labr. ¿Para qué tanta fineza?
Fed. Tomadle sin cumplimientos.
Labr. Vaya, una vez que se empeña.
Cond. ¿Vos no habeis estado nunca
en esta Ciudad?
Labr. Ni en esta,
ni en otra.
Duq. ¿Cómo venisteis?
Labr. A pie.
Duq. ¿A pie?
Labr. ¿Es cosa nueva?
á pie, sí.
Duq. ¿Qué años teneis?
Labr. Cumpliré pronto noventa
y quatro.
Cond. Vos os burlais.
Labr. ¿Pensais que yo soy tan bestia,
que me habia de aumentar
los años, quando otros piensan
en quitarselos? Ya veo,
que vos trocais las ideas.
Duq. ¿Y haceis los viages á pie?
Labr. Y con mucha ligereza.
Cond. ¿Con tantos años?
Labr. Aun pienso
vivir mas, segun mis cuentas.
Duq. ¿Cómo pues?
Labr. Como mi abuelo
murió de edad de noventa
y nueve, de ciento y quatro
mi padre; y yo que la idéa
llevo de excederlos, pienso
vivir ciento y diez.
Cond. Es buena
la confianza; ¿con la muerte
teneis escritura hecha?
Labr. No señor, mas lo he pactado
yo con mi naturaleza,
siguiendo su inspiracion,
y todo quanto me ordena:
mi comida, y mi exercicio,
son conforme ella me enseña,
viendo siempre de ajustar
mi complexîon con sus reglas;
y como yo la obedezco,
me obedecerá á mi ella.
Duq. Vos soys mas afortunado
que nosotros.
Labr. Mi cautela
me ha adquirido esta ventaja,
y estoy contento con ella.
Duq. Este hombre es muy singular.
Cond. Quando el placer de la aldea
se dexó para venir
á la Ciudad, cosa es cierta
que en la Ciudad tendrá asuntos
de muy grande conseqüencia.
Labr. De grandisima.
Duq. Y decidme....
Labr. ¿Vos quereis que os lo refiera
todo, hé? De todo voy
á daros noticia cierta;
¿pero no hay quien esta taza
con esta bebida negra
se lleve?
Le dá la taza, y se queda arrimada á la mesa.
Fed. Señor....
Labr. Tomad.
Volviendo á nuestra materia:
Sabed, pues, que dos motivos,
que igualmente me interesan...
Id con Dios, que nada mas
se me ofrece.
Fed. En hora buena. *Quieto.*
Labr. ¿Qué quereis oir lo que hablo?
id á hacer vuestras haciendas:
id con Dios.
Fed. Es que queria...
Labr. ¿Y qué queriais? Apriesa.
Fed. Que me pagárais la taza
de Café.
Labr. ¿Yo? Este hombre sueña.
¿Pagarla yo?
Fed. Si señor.
Labr. Yo no comprehendo esta tierra.
¿No me habeis hecho tomar
esa bebida por fuerza?
¿pues cómo?
Fed. Pero el Café

á mí el dinero me cuesta.

Labr. Tambien me cuesta á mí el vino,
y con todo unas botellas
á mis amigos regalo,
sin pedirles recompensa.

Fed. Aquí se usa así.

Labr. Lo entiendo.
Mas yo si ese uso supiera,
me hubiera ahorrado el quemarme
el paladar, y la lengua
con una bebida amarga,
que tomé por complacencia.
¿Quánto vale?

Cond. No lo tomes.

Labr. No soy tacaño. Di apriesa,
¿quánto vale? pronto, pronto.

Fed. Cinco sueldos.

Labr. Ahí diez llevas,
porque con otro regalo
á importunarme no vuelvas.

Fed. Muchas gracias. *Entra.*

Duq. ¡Quánto el alma
su sinceridad me alegra!

Cond. Penetremos bien el fondo
de este original.

Labr. De nuestra
conversacion otra vez
tomando el hilo.... si aprecian
mas el Café, que no el Vino,
pidan todo quanto quieran,
que yo no puedo otra cosa
ofrecer en esta tierra.

Duq. Lo estimamos, buen amigo.

Labr. Ved que es de veras la oferta.

Cond. Ya lo sabemos, mas dadnos
parte de todo.

Labr. Paciencia.
Por dos causas he venido
á la Ciudad: la primera
es esta. Aunque retirado
vivo en una corta aldea,
por mis hijos, y el Baylio
tengo cada dia nuevas
de quanto en ella sucede.
Decidme por vida vuestra:
¿es verdad, no me engañeis,
que un jóven de bellas prendas,
que tenia á su cuidado
la Caxa de la moneda
del Príncipe, fue engañado
por un vil, y ahora se encuentra
por un desfalco en la carcel,
esperando la sentencia
de muerte?

Cond. Verdad es.

Labr. Pues
yo entre mí me hice esta cuenta.
Este jóven es honrado,
porque si honrado no fuera,
le respetarian mas
envidia y maledicencia:
él es digno de la vida,
y aunque así lo consideran
algunos, le compadecen,
pero nadie le remedia.
¡Estos hombres ó son pobres,
ó insensibles quando niegan
la piedad á un desdichado,
que es tan digno de obtenerla!
yo no soy pobre, ni sordo
á la voz de la clemencia;
tengo infinitos rebaños,
y una infinidad de hacienda;
cuyo producto á los gastos
de mi familia supera:
que hago, pienso, lo mejor,
y vuelvo á hacerme esta cuenta.
Nuestro Soberano el Duque
goza infinitas riquezas,
yo tambien gozo bastantes;
él sus sobrantes emplea
en socorrer á los pobres,
yo hago lo mismo en mi tierra;
y habiéndome merecido
este jóven la terneza
mas grande, dixe: de todos
abandonado se encuentra,
y vamos en su favor
á emplear la piedad nuestra;
á este fin, dixe á mis hijos
antes de ayer en la cena:
¿quereis con veinte mil liras

hacer una accion eterna,
en las edades? quereis
libertar por medio de ellas
de la muerte á un hombre honesto?
Para darme la respuesta
se miraron unos á otros,
y despues de darme muestras
de su voluntad, acordes,
llenos de gozo, y terneza
dixeron que sí: al instante
llamé á un mozo, y con gran priesa
conté las veinte mil liras,
le entregué la mitad de ellas,
yo cogí la otra mitad,
y antes que de dia fuera
con él, y con mi baston
vine á hacer de ellas oferta
á la justicia en favor
de la oprimida inocencia.
Duq. Yo me confundo al oir
de este hombre la grandeza.
¿Quién tan nobles sentimientos
te inspira?
Labr. La providencia,
y mi corazon.
Duq. Quán grande
eres, y quánto superas
á mi grande.... La alegria
me arrebataba la lengua
á manifestar..... Amigo,
¿veis cómo es falsa la idéa,
de que no hay hombres honrados?
Cond. Del todo absorto me dexan
sus razones.
Duq. ¡Oh, qué impulsos
me dan de abrazarle!
Cond. De esta
escena deduzco, amigo,
que si son grandes sus prendas,
las vuestras no lo son menos.
¡Quánto me ocupa la idea
este hombre!
Duq. Soys el fenix
de esta edad.
Labr. Los cosas buenas
en las Ciudades son raras,
quando os ha sorprendido esta.
Duq. Demasiado, demasiado:
mas siento daros la pena
de deciros, que es inutil
vuestra generosa oferta.
La ley en tales delitos
exige las mas severas
penas, para contener
maliciosas indolencias.
Labr. ¿Qué decis, que con la suma
no basta? qué diligencias,
mas que éstas deben hacerse
para la gracia completa?
Duq. Acudir al Soberano;
pero eso á mi cargo queda.
¿Decid, no se espera al Duque?
Cond. Hoy mismo, dicen, que llega.
Labr. Este es el otro motivo,
que me sacó de la aldea.
Yo jamás tuve la dicha
de ver la cara á su Alteza,
y antes de morir pretendo
tener esta complacencia;
pero la primera cosa
que pediré á su grandeza,
será el perdon de este joven;
y vivo en la inteligencia
de que me le otorgará,
por ser la cosa primera
que le pido. ¿Buen amigo,
me la otorgará su Alteza?
Duq. Sí.
Labr. ¿Qué decís?
Duq. Que yo mismo
os llevaré á su presencia.
Labr. Tanto mejor, vos sabreis
la ocasion, y la manera;
¿adónde podré buscaros?
Duq. Aquí mismo.
Labr. Hasta la vuelta,
que voy á dormir un rato.
Vase, y vuelve.
No os olvideis de la oferta,
y vereis como los Cielos
benignos nos recompensan,
bendiciendo nuestros hijos,

todas nuestras empresas. *vas.*
Duq. Gracias á Dios, que encontramos
el hombre, que nuestra idéa
buscaba. Gracias á Dios,
que en el mundo se conservan
todavía las semillas
de la virtud, y que de ellas
puede tener cultivadas
frutos copiosos la tierra.
Fabricio desde la Botica.
Fabric. Allí el forastero está
protector de la belleza:
él pregunta, él exâmina,
todo quanto pasa observa:
¿si será espía? ¡Ah, si yo
lo supiese con certeza,
le delataba al Gobierno
porque un empleo me diera!
Sale Mariana llorando, y fuera de sí.
Marian. ¿En dónde está ese traydor,
ese hombre vil sin conciencia?
Fab. Si es por mí, ¿cómo me alaba?
Duque. ¿Qué tienes, pues? ¿qué te inquieta?
Marian. ¿Qué he de tener? Que he quedado
huerfana.
Cond. ¿De qué manera?
Marian. El bribon del Boticario
me ha trocado la receta,
y en vez de darme un cordial,
me dió un veneno.
Fab. Friolera,
esto ha sido un *quid pro quo.*
Mar. ¿Aun teneis la desverguenza
de insultarme?
Fab. Marcha, marcha,
no me rompas la cabeza.
Duq. Sin embargo....
Sale Anselmo.
Anselm. Amigo mio,
cierto que la hicisteis buena:
¿con qué habeis envenenado
al Pescador?
Mariana. ¿No hay quién prenda
á ese pérfido?
Fab. Explicaos,
no me hagais que el juicio pierda.
Anselm. Amigo mio, esta vez
os cogieron en la trena.
Fab. ¿Cómo?
Anselm. Yendo por la calle
oí unas voces funestas,
que decian: ¿no hay quien queme
la Botica, y las recetas?
me paré, dixe entre mí,
aquí ha habido una tragedia
medicinal, y es preciso
indagar la causa de ella:
fuí á la casa, y al instante
me dieron de todo cuenta,
y aunque era pobre el enfermo
le exâminé, y por las señas
conocí que aún el veneno
no obraba con toda fuerza,
y un antídoto le dí,
con el qual á la hora de esta
ya está fuera de peligro.
Fab. Ved la primera obra buena,
que habeis hecho en vuestra vida.
¿Pero es dable que yo pueda
equivocarme? Sin verlo
no es posible que lo crea. *Se entra.*
Mar. ¿Con que está mejor mi padre?
Anselm. Si.
y vé á verle quando quieras.
Mar. Si le disteis vos la vida,
Dios os dé la recompensa. *vas.*
Sale Fabricio.
Fab. Teneis razon, me engañé,
por echar en la botella
un licor, eché unas sales
corrosivas, que dispuestas
para cierta operacion
tenia sobre la mesa.
Duq. ¿Y al decirlo vuestro rostro
no se cubre de verguenza?
Fab. ¿Y qué tenemos? un yerro
lo hace en el dia qualquiera.
Duq. Del vuestro á un asesinato
yo no encuentro diferencia:
¿por qué de otros no aprendeis,
que

que en vuestra facultad misma
han hecho en favor del hombre
tan preciosas experiencias?
Vamos al Café.
Cond. Ya os sigo.
Duq. Para tolerar no hay fuerzas. *ent.*
Fab. ¿No veis como el forastero
en mis asuntos se mezcla?
Anselm. Ya lo veo, pero vos
cuidad mas de las recetas.
Fab. Es una espia.
Anselm. Mirad,
que os tendrá muy mala cuenta.
Fab. Es un soplon.
Anselm. No dexeis
que vuestra fama se pierda.
Fab. ¿No sabeis vos, que en España
anda impresa una Comedia,
que se intitula el Diablo
Predicador.
Anselm. Conseqüencia
como vuestra.
Fab. Pues tomad
para vos las advertencias.
Hace que se vá, y vuelve.
¡qué vino tengo!
Anselm. ¿Y es cosa
de darme algunas botellas?
Fab. Puede ser: ¿quereis probarlo?
Anselm. Jamás desprecio yo ofertas.
Fab. Con las recetas cuidado.
Anselm. Cuidado con las botellas.
Entran en la Botica, y á los últimos versos habrá salido del Palacio Sofia apresurada, y detrás Claudio.
Sofia. ¿Qué es esto que me sucede?
¿adónde el dolor me lleva?
Claud. Detente.
Sofia. Por Dios dexadme,
que una agitacion interna
siento, desde que firmé
el papel, que yo quisiera....
Sí, quisiera recogerle,
aunque mi esposo lo aprueba.
Claud. Siempre tu delicadez
fue contraria á tus ideas.
Ese papel, que de sustos
tanto el corazon te llena,
te producirá algun dia
las dichas mas placenteras.
Las cosas hay ocasiones,
que á tales extremos llegan,
que no es posible impedir
del todo sus consequencias:
de modo que es necesario,
aun de la desgracia mesma,
sacar á veces partido
favorable: y así piensa....
Sofia. Yo no pienso sino solo
en que me cumplais la oferta.
No lo retardeis por Dios.
Yo he dexado satisfechas
vuestras idéas, ahora
satisfaced mi terneza
conyugal, y á mi marido
entregadme á toda priesa.
Claud. No puede hacerse en un dia
todo: calma tu impaciencia.
Aunque quisiera servirte,
hoy no es dable que le veas.
Sofia. ¿Como esta tardanza?
Claud. Debes
tolerarla con prudencia.
Yo te pido que esta noche
á cenar conmigo vengas
para hacerte ciertos cargos,
que te tendrán mucha cuenta.
Sofia. ¿No me los podeis hacer
aquí?
Claud. No, que su materia
no es para aquí.
Sofia. No penseis
que desprecio vuestra oferta,
ni dudo de vos: del mundo
sabeis la maledicencia;
además, que yo tampoco
no debo, sino en presencia
de mi marido, admitir
de ninguno tal oferta.
Claud. Ya que esta gracia, Sofia,
á concederme te niegas,

otra que es mucho mas facil
espero que me concedas:
toma este pliego, y advierte *Se le dá*
que su contenido encierra
los cargos que aquesta noche
pensaba hacerte en la cena;
pero mira, que no quiero
que hasta la noche lo leas.
¿Estás enterada? y luego
exâmina la respuesta
bien.

Sofia. ¿Y por qué ahora teneis
conmigo tanta reserva?

Claud. Si ahora yo te lo explicase,
la gracia gracia no fuera.

Sofia. Yo lo haré; mas mi marido...

Claud. Por tu marido no temas,
que á estas horas te aseguro
no siente la menor pena,
y á Dios; y de ese papel
es menester que comprehendas,
que yo te amo, y que tú puedes,
sin faltar á tu modestia,
amarme, y que solo trato
tus dichas hacer completas;
pero mira que te encargo,
si en un lago de miserias,
no te quieres sumergir,
que calles, y que resuelvas. *Vas.*

Sofia ¡Qué es esto! ¿qué significan
tanto misterio y cautela,
tantas ambiguas palabras?
Este papel.... No quisiera
que de mi credulidad
abusase.... ¿Sus idéas
quáles serán? „Que yo te amo....
„Sin faltar á tu modestia,
„puedes amarme....“ Encargarme
el secreto... Estoy tan llena
de dudas, que el corazon
en confusiones se anega.
Si la muerte de mi esposo
habrá suspendido. ¡Penas!
¿Si aún estará en el peligro?
Claudio en sus arcanos lleva
algun fin. El hombre honesto
no usa de tantas cautelas,
en todos tiempos, y sitios
lo que quiere manifiesta.
¿Si me engañará? Yo dudo...
Yo tiemblo.... El pecho recela....
Resuelvo abrir el papel...
¿El papel? ¿y la promesa?
por huir de un mal en otro
dar mis desgracias recelan.
¿Mas por qué estoy indecisa?
Ya dexé abierta la nema.
Si me engaña, á sus engaños
podré oponer mi cautela:
si no me engaña, y lo sabe,
disculpará mi flaqueza:
ya lo resolví; el papel
dice de aquesta manera. *Lee.*
„La pérdida de Dambelt
„por mí inevitable era,
„y á mi pesar he dexado
„la justicia satisfecha:“
Nada comprehendo, sigamos
veremos el fin que lleva.
„Pero yo compadecido *Lee*
„de tu situacion adversa,
„tengo dispuesto los medios
„de dar alivio á tus penas:“
No me engaña, ¡ay dulce esposo!
ya tu libertad es cierta.
„Con tal de que no me engañes *Lee*
„con razones pasageras,
„y castamente á mis ansias
„correspondas halagueña.“
¿Cómo puede ser? ¡Qué angustia
en mi corazon se engendra!
„Ningun obstáculo tienes...“
¡qué turbada está la lengua
para resolver „tu esposo...
no veo bien estas letras,
porque á la vista; ¡ay de mí!
se me interpone una niebla.
Descansemos.... mas no es dable
que descansar mi alma pueda
hasta salir de las dudas
en que mi pecho se anega.
Ya veo mas „Tu esposo...¡ay Dios!

„ya ha dexado satisfecha
„en secreto la justicia...
¿Lo diré? „Con la cabeza...
¡Justos cielos! yo fallezco...

Cae desmayada, y salen el Duque y el Conde.

Duq. ¡Ola! ¿quién aquí se queja?
pero Madama Dambelt
desmayada allí se encuentra.
¡Infeliz! Venid, amigo,
al instante á socorrerla. *La levanta.*

Cond. ¿Fabricio?

Sale Fabricio.

Fab. ¿Qué me mandais?

Duq. Traed un espíritu apriesa.

Cond. Cuenta no sea un veneno.

Sofia. ¡Ay Dambelt!

Duq. ¿Qué carta es esta?

Le quita de la mano el papel.

Sostenedla vos, en tanto
que paso á enterarme de ella.

Hace que lee, y sale Fabricio.

Fab. Tomad, que de mi Botica
es específico.

Cond. Venga.

Fab. Como un cadaver está.

Cond. ¿Qué es eso?

Duq. Leed estas letras.

Hace que lee el Conde.

Ya es tiempo, que trueno y rayo
manifiesten su violencia.

Sofia. Todo lo he perdido, nada
en este mundo me queda.
¡Barbaro! ¿pero quién soys?
¿Soys ministro de esa fiera?
¿Intentais de sus rigores
en mí mostrar la violencia?

Duq ¿No me conoceis?

Sofia. A nadie
reconocen hoy mis penas.
Y así dexadme espirar,
dexad que á sus iras muera.

Duq. Guardad el papel; y vos *á Fab.*
llamad del Café, quien venga
á socorrerla.

Fab. ¿Martin?

Duq. En el Café, entrad apriesa
á esta Dama, y en la estancia
mas retirada ponedla;
y en tanto que se recobra,
haced que silencio tengan. *La llev.*

Fab. Despacio, así, esto es:
¿qué aventuras serán éstas?

Duq. ¿Qué decis de esto?

Cond. Que al Duque
sin aguardar otras pruebas
voy á buscar, para que
remedie tantas vilezas.

Duq. ¿En dónde vais á buscarlo?

Cond. En Dijon, ó en donde pueda;
y así, dexadme.

Duq. Teneos,
que ya es tiempo, que os dé muestras
de que os estimo, y de daros
una noticia muy buena.
No busqueis al Duque.

Cond. ¿Cómo?

Duq. Como está en vuestra presencia.
Carlos vuestro Soberano
soy yo.

Cond. ¡Cielos, qué sorpresa!
Permitid....

Duq. Disimulad,
que no es tiempo que se sepa.

Cond. El júbilo...

Duq. Amigo mio,
lo que pienso exîge priesa.

Cond. ¡Qué placer! ¡El Duque aquí!
¡Quánto el corazon se alegra!

Duq. Ahora todos esos hombres,
honrados á la moderna,
sufrirán la correccion
que merece su vileza.
Temblad, que el Cielo se nubla,
y la tempestad se acerca. *vas.*

Sale Fabricio.

Fab. ¿Quién el espíritu paga?

Cond. ¡Oh qué codicia tan necia. *vas.*

ACTO QUARTO.

Salen Leandro y Grifing por lados opuestos, dirigiéndose al Café.

Leand. Monsieur Grifing, yo celebro
que hayais al Café venido.
Las dos Pupilas del pleyto
hoy han estado conmigo.
Grif. ¿Querrán compostura?
Leand. Cierto.
Grifing. ¿Y lo aprobais?
Leand. Es preciso.
Grifing. Y si las vuelvo el dinero,
que en los autos me han pedido,
¿cómo quereis que yo compre
las pasas, los vizcochitos
á los enfermos? Leandro,
es fuerza ser compasivo
con los pobres.
Leand. Escuchadme.
Grif. Si hablais de eso me retiro.
Leand. Tomemos un rato el fresco.
Grif. Y si pasa un pobrecito
le daré alguna limosna.
Leand. Soys muy compasivo, amigo.
Sale Claudio, y detrás de él una Ordenanza.
Claud. ¿Con que el número de tropas,
que á la Ciudad ha venido,
se apoderó de las puertas,
sin darme el menor aviso?
Se sienta.
El Duque, ¡infelíz de mí!
sin duda está en este sitio:
es menester precavernos;
es necesario con juicio
manejar el imposible,
en que mi amor me ha metido...
Es necesario impedir
que llegue del Duque á oídos,
y que Sofia le cuente
mis amantes desvarios;
pero el papel....El papel
que arrebatado la he escrito,
es el que cubre de espanto
mi corazon afligido.
Grif. Claudio Rinault me parece,
que se halla muy pensativo.
Lean. Todos tenemos un rato
en que pensar.
Claud. Me ha venido
la muerte del Secretario
á proposito; el castigo
del Caxero favorece
igualmente mis designios;
y como era reo, nadie
formará siniestros juicios.
No habia otros que pudiesen
descubrir mis artificios;
tan solamente el papel,
que la escribí inadvertido,
es quien puede con el Duque
hacerme reo convicto:
es menester enmendar
el yerro. Pero no atino
el cómo....ya lo pensé:
éste es el único arbitrio.
Se levanta, hace que habla con la Ordenanza en el foro.
Grif. ¿Qué decis? De ningun modo
la proposicion admito.
Leand. En acabando, direis
si os acomoda el partido.
Claud. Dí al sugeto, que tú sabes,
que me averigue en qué sitio
está Madama Dambelt,
y al Oficial que te he dicho,
que tenga un piquete pronto
á mis ordenes.
Orden. Ya os sirvo. *vase.*
Claud. Despáchate. En este caso
no he de proceder omiso. *vas.*
Grif. Yo no desisto del pleyto,
otra vez os lo repito.
Leand. Están pobres las pupilas.
Grif. Que mendiguen, que yo mismo
les daré una limosnita.
Lean. ¡Se dará hombre mas iniquo. *ap.*
¿y la caridad?
Grif. No hay dia

que no la exerza benigno
con los enfermos. ¿Qué es esto?
Leand. Guardia en el Palacio, amigo.
Sale un piquete de Granaderos con sus Oficiales, y se pone de guardia en el Palacio.
Grif. Esto es que ha venido el Duque.
Lean. El creerlo ya es preciso.
Grif. ¿Quereis creer que no me gusta
su venida?
Leand. A mí lo mismo.
Sale el Duque.
Duq. Con quánta impaciencia espero
del Consejero el aviso.
¿Si de impedir la maldad
llegaria á tiempo? Amigo,
¿qué tenemos?
Sale el Cond. Que Dambelt
aun vive.
Duq. ¡Gran Dios! respiro.
Cond. Llegué, señor, á la carcel
con tu órden al tiempo mismo
que á dividir su cabeza
de un verdugo iba el cuchillo:
viendo el órden el Alcayde,
suspendió al punto el castigo,
que ya habia retardado
de la compasion movido;
y despues de demostrar
á Dambelt su regocijo,
le llevó á su quarto, en donde
no cesa de bendeciros;
y de callarlo el Alcayde
está por mí prevenido.
Ahora vamos á Madama
Dambelt á dar el aviso
de que...
Duq. Todo lo contrario.
No conviene de improviso
del abismo del dolor
sumergirla en el abismo
del placer: es necesario
disponerla, y mis designios
además quiero que ignore,
hasta el tiempo del castigo;
y quando mande, á Palacio
traerás á su marido.
Cond. ¿Y ahora qué hace? ¿se han calmado
sus dolorosos conflictos?
Duq. Sí, y luego que la dexaron
de atormentar los deliquios,
le entró un profundo letargo
nacido del dolor mismo,
el qual puede contribuir
á su recobro infinito;
pero Conde, mientras vuelve
enterad de mis designios
al Gefe, que con las tropas,
escoltándome ha venido.
Cond. Jamás con tanta eficacia
mi afecto empleé en serviros. *vas.*
Duq. ¡Oh, qué bien hice en venir
á averiguar por mí mismo
lo que pasaba, y en traer
bastante tropa conmigo.
Sale Federico.
Fed. ¿Qué demonios de embeleco
en mi casa me han metido?
¿en la casa del sosiego
venir á meter ruidos?
todo es llanto, todo es voces,
todo cautela y sigilo,
sin que pueda descubrir
quál es la causa, ó principio.
¿El forastero, y el Conde
por qué serán compasivos
con esta Dama? no quiero
que ninguno haga mal juicio
de mi casa. ¡Mas qué veo!
¿aqui soldados? ¿Amigo
Grifing, qué es esto?
Grif. Que el Duque
llegó.
Fed. ¿De veras? ¿Fabricio,
Fabricio?
Sale Fabricio.
Fab. ¿Qué me quereis?
Fed. Escuchad.
Fab. ¿Pero qué miro!
¿qué guardia es esta?
Leand. La guardia...

del Duque ; que ya ha venido
Fab. ¿No lo dixe? ¿veis ahora
si son ciertos mis avisos?
¿Amalia , Amalia?
Sale Amalia.
Amalia. ¿Qué es esto?
¿Por qué me dais tantos gritos?
Fab. Que el Duque vino.
Amalia. ¿Y qué tengo
que ver con eso?
Fab. Es preciso
que lo sepas.
Amalia. Pues á mí
eso me importa un comino.
Fab. Sin embargo...
Amalia. Vaya padre,
no me vengais con delirios:
¿qué se me dá á mí del Duque?
Duq. ¡Qué respeto tan sumiso!
Sale Anselmo.
Anselm. A Dios , señores. Madama,
celebro el haberos visto:
¿me haceis el favor de traerme
un vaso de agua?
Fab. Ya os sirvo.
Anselmo , ¿á que no sabeis
que nuestro Duque ha venido?
Anselm. Ya lo sé.
Fab. Pero yo antes
que ninguno lo he sabido.
Anselm. Id por agua.
Fab. ¿No observais
allí un hombre de otro siglo?
Anselm. Si señor.
Fab. Para modelo
puede servir su vestido.
Sale el Labrador.
Lab. Yo no le he vuelto á ver mas:
¿si habrá echado en el olvido,
que yo habia de venir?
Duq. Perdonad , amigo mio,
si....
Labr. ¿Soys vos? mucho deseaba
hallaros en este sitio.
Duq. Aunque yo de aqui he faltado,
creed, que el tiempo no he perdido,
y que nació mi tardanza
del interés de serviros.
Labr. Pareceis hombre de bien,
y por eso no replico.
Duq. Dignaos por un momento
de venir aquí conmigo.
Aquí: hay asiento.
Lab. ¿Y al Duque
quando podré verle?
Duq. Hoy mismo.
Lab. ¿De veras?
Duq. Yo os lo aseguro.
Lab. Me enagena el regocijo.
Fab. De la llaneza con que hablan
los dos , estoy persuadido,
que el forastero con toda
su obstentacion , será hijo
de aquel villano.
Anselm. Bien puede.
¿Me quereis traer Fabricio
el agua?
Leand. Café.
Grif. Té.
Sale el Conde.
Cond. Todo
está , señor prevenido.
Duq. Muy bien ; pero toleremos
por un rato á estos iniquos.
Amel. Ola , el novio de mi dote,
sino me engaño , allí miro.
¡Qué buen marido!
Anselm. ¿No veis
como siempre están unidos?
Federico con dos mozos , que traen Té , y Café.
Fed. Señor Conde , yo tenia
una gracia que pediros.
Cond. ¿Y quál es?
Fed. Yo soy un hombre
honrado.....
Cond. Como se ha visto.
Fed. Y así , no quiero en mi casa
de mugeres embolismos.
Cond Es propio de hombres de honor.
Fed. La muger , que habeis traido
á mi casa será honrada,

se-

será una santa, lo afirmo;
pero por ella no quiero
que hagan de mí malos juicios.

Cond. Es bien hecho, y no es razon
tampoco, que deis asilo
en vuestros quartos, á quien
no os pague bien el servicio:
tened algo de paciencia
que todo está á cargo mio.

Fed. Pero ved que el forastero...

Cond. Eso os toca á vos, amigo.

Fed. De esa manera, escuchadme:
Yo confieso que os estimo,
y que sereis mas honrado
que yo; pero por vos mismo,
y por mi reputacion
no quiero mas admitiros
en mi casa, lo primero
por ser un advenedizo,
y lo segundo porque
de la Dama soys amigo.....
tengo conciencia, y de todo
facilmente escrupulizo.

Duq. Es justa vuestra demanda:
vuestro crédito, y destino
exîgen que no admitais
sino hombres muy conocidos.
¿Quereis mas?

Fed. No, Caballero.

Duq. Yo os dexaré complacido.

Fed. Perdonadme.

Duq. Nada, nada,
buen hombre.

Cond. ¡Brivon indigno!

Duq. Estas cosas me divierten.

Cond. Claudio viene pensativo.

Sale Claudio discurriendo, todos al verle le saludan, vé la Ordenanza en el foro, y va á hablarla.

Leand. El amigo, me parece
que está triste.

Grif. Como vino
el Duque tendrá recelos.
¡Ah, si fuese compasivo,
como yo con los enfermos,
estaría mas tranquilo!

Fab. ¿No veis, qué triste está Claudio?

Anselm. Pensará en los regocijos
para recibir el Duque.

Fab. Mas bien pensará en sus vicios.

Anselm. Todo puede ser, mas vos
no quereis darme agua.

Fab. Amigo,
se me habia ya olvidado.
Al punto con ella os sirvo. *vas.*

Cond. Me parece, que medita
otro atentado el iniquo.

Duq. Ya de su impostura está
cortado del todo el hilo.

Lab. Yo estoy confuso, y no entiendo
las dudas que ha introducido
en todos aquel, que todos
han saludado al arribo.
¿Si será el Duque? Decidme:
¿aquel Señor, que se ha ido
con el soldado, es el Duque
por ventura?

Duq. No

Lab. Respiro.
¿Quién es?

Cond. Es un Prepotente.

Lab. Mucho lo hubiera sentido,
porque en su rostro no veo
de bondad ningun indicio.

Duq. ¿No veis como la inocencia
sabe hacer sus vaticinios?

Sale Sofia del Café pálida, y desfallecida.

Sof. Por la compasion que entrambos
habeis usado conmigo,
os pido me acompañeis
á mi triste domicilio:
no me abandoneis. Mis fuerzas
extinguidas casi miro:
servidme por Dios de apoyo.

Cond. Haremos en vuestro alivio
quanto podamos, mas ved
que en vuestra casa es preciso
que las penas os acaben.

Sofia. Eso es lo que solicito.
No pretendo mas consuelo,
que el mismo pesar que gimo,

ni

ni tener mas compañia,
que la soledad conmigo.
Duq. ¿Con que vos no estais dispuesta
à tolerar del destino,
los rigores? ¿á llevar
con sufrimiento sus tiros?
Ved que el consuelo....
Sofia. ¿Consuelo
para mí? ¿Quién os ha dicho
que puede haberle? Es muy grande
la pérdida que he tenido
para que nunca el consuelo
pueda en mi encontrar abrigo.
¿Podia ser engañada
mas vilmente? ¿Otro asesino
mas bárbaro atravesar
con el puñal del conflicto
podia mi pecho? ¡ay Dios!
que el objeto que yo estimo
murió para siempre, y ya
mi amor no espera otro alivio
mas que aquel, que la venganza
á mis penas ha ofrecido.
Duq. Contemplad, que no hay desgracia
que no traiga un bien consigo.
Vos ofrecisteis templar
vuestro dolor. A mi arbitrio,
y al del Conde os entregasteis;
nuestro apoyo os ofrecimos,
y puede ser que sea un sueño
quanto veis, y quanto han dicho.
Sofia. ¿Y es ese vuestro consuelo?
No me imagino delirios:
mis males otros remedios
exîgen, otros alivios.
Si las fuerzas de mis manos,
igualasen á los brios
de mi pecho, prontamente
volaría al asesino,
y vertería sobre él
los efectos mas impios
que su traicion ha causado
en mi pecho enardecido.
Duq. ¿No estais fixa en el deseo
de vengaros?
Sofia. Yo os lo afirmo.
Pero dad á mi venganza
nombre de justo castigo.
Duq. Se la doy; pero á los medios
no os opongais por lo mismo.
Sofia. ¿Puede mi mal conformarse
con la lentitud?
Duq. Concibo
que se debe someter
á lo que prescribe el juicio
de quien ofrece vengaros
por el medio que es debido.
Sofia. ¡Virtud cruel, que se enseña
facilmente de infinitos,
y pocos abrazan!
Claud. Vete,
y ten la guardia á mi arbitrio.
Retirase la Ordenanza.
Sof. Vedle, vedle: ese es el monstruo:
¡con quánto terror le miro!
Los cabellos se me erizan
con su vista, y en mis brios
parece que se intro duce
un valor no conocido.
Duq. Tolerad por un momento.
Sofia. Pérfido, traidor, iniquo...
Duq. Obedeced.
Sofia. ¿Quién soys vos
que pensais tener dominio
sobre mi dolor?
Duq. Quien puede
vengaros, y dar alivio.
Claud. El momento es oportuno.
Señor Conde, me es preciso
hablar á Sofia, y quiero
en vuestra presencia fino
hacerlo, porque veais
si os respeto, y si la estimo.
Cond. Yo lo agradezco; pero antes
enteradme del motivo.
Claud. Pronto le sabraeis. Sofia,
venid al punto á este sitio.
Sofia. En vano me esfuerzo.
Duq. Vamos,
triunfad pues con heroismo
de vuestro dolor.

Sofia. No es dable.
En cada planta que animo
ácia al monstruo, me parece
que adquiero un nuevo martirio.
¿Qué quereis?
Claud. Bella Sofia,
siento verme en el conflicto
de tener que suplicaros,
que os vengais presa conmigo.
En la causa de Dambelt
resultan varios indicios
contra vos, que aunque infundados,
desmentirlos es preciso,
y aunque yo para llevaros
en público tengo arbitrios,
mi crianza, y vuestro sexô
me sugieren este arbitrio.
Sofia. ¿Todavía un nuevo ultrage?
¿Pensais con ese motivo
seducirme? ¡ah! os conozco:
demasiado os he creido:
de vos al monstruo mas fiero
diferiencia no distingo.
Claud. Ved cómo hablais, y mirad
que lo que de vos exîjo
con la súplica, la fuerza
os hará tal vez cumplirlo.
Sofia. ¿Por fuerza? Aunque del dolor
lánguida y débil me miro,
para librarme de vos,
el dolor me dará brios:
pero yo estraño, que oseis
presentaros tan tranquilo,
delante de quien os puede
en público confundiros:
temblad mis voces, temed
mi furor, pérfido é iniquo,
y no escarnezcais de nuevo
de una esposa los conflictos.
Claud. Ya veis á lo que me obliga
su enojo descomedido.
Quereis pública la afrenta,
¿no es eso? Venid amigos.
Salen ocho Soldados con un Sargento.
Sofia. Monstruo infame.
Sale Fabricio.
Fab. Aquí está el agua,
¿qué es lo que aqui ha sucedido?
Duq. ¿Qué vais á hacer? ¿qué intentais?
¿quáles son vuestros designios?
Claud. Aquellos que no pensais.
Quatro de los que han salido,
servirán para llevar
á Madama á su destino,
y los otros quatro, para
hacer salir de este sitio
á un aventurero.
Duq. ¿Y quién
es?
Claud. Vos: haced lo que he dicho.
Duq. Traidor tiembla, que ya el rayo
sobre tu cabeza miro.
¿Ola?
A la voz del Duque, de pronto se llena el Teatro de tropas, que presentan las armas.
Com. ¿Qué es lo que mandais
mi Soberano?
Leand. ¡Qué he oido!
Grif. ¡Este el Soberano!
Fed. ¡El Duque!
Claud. ¡Ay de mí! yo estoy perdido.
Fab. ¿Quién podiá pensar esto?
Am. Voyme á espulgar el perrito. *vas.*
Duq. Conducid preso á ese hombre.
Lab. ¡Qué lance tan imprevisto!
Com. Entregad la espada.
Cond. El quadro
que estos forman, imagino,
que Rafael, ni Ticiano
le hicieron mas exquisito.
Duq. Hoy con el aventurero
la cuenta no os ha salido.
Vos señora, obedeced.
Dexad, pues, mi orden cumplido.
Claud. Señor...
Duq. Llevadle.
Claud. No sé
donde los pasos dirijo. *vas.*
Sofia. Todo lo comprehendo. El Cielo
vá á castigar sus delitos. *vase.*
Lab. ¡Bueno! ¿Con que vos con todos
os

os habeis hoy divertido?
¿Vos el Duque? ¿Aquel señor
tan bueno, afable, y benigno?
¡Válgame Dios! ¡Soys gallardo!
¡Quánto aplaudo haberos visto!
Permitidme, que os abrace.
Vá á abrazarle, y el Comandante lo quiere impedir
Duq. No se lo impidais, dexadle:
abrazadme, buen amigo. *Le abraza.*
Y vos, Conde, recibid
tambien de mi amor indicios.
Cond. ¡Qué placer!
Duq. Seguid mis pasos.
Los dos. Llenos de gozo os seguimos.
Duq. En beneficio de un Pueblo
hoy han de ver mis dominios,
que si con la diestra mano
reparto los beneficios,
empuño con la siniestra
el azote del castigo.

ACTO QUINTO.

Salon regio con Trono á un lado, salen el Comandante y Guardias.

Com. Entren los hombres de bien
al momento en esta sala.

Salen Monsieur Grifing, Leandro, Anselmo, Fabricio, Federico y Amalia.

Dignaos pues de esperar
hasta que su Alteza salga. *Vase.*
Ans. Como me tiemblan las piernas.
Grif. Yo no sé lo que me pasa.
Fed. De mí reniego, y del punto
que admití el Duque en mi casa.
Sale el Comandante.
Com. Su Alteza sale.
Leand. ¡Ay de mí!
¿A qué será esta llamada?

Salen Duque, Conde, y Labrador.
Duq. No os aparteis de mi lado:
venid, porque en esta estancia,
donde debo sostener
de Astrea la fiel balanza,
¿de quién puedo acompañarme
mejor, ni en quién apoyarla
mas bien que en la providad
y la sencilléz? entrambas
se hallan en ambos; y en ambos
hoy mi justicia descansa.
Cond. Muchos honores os debo.
Lab. Teneis una hermosa casa.
Duq. Y los dos el ornamento
mejor sois que en ella se halla.
Ocupando el Trono.
Lab. Con impaciencia deseo
ver del modo que el Duque habla.
Con. Ya tendré el gusto de ver
abatida esta canalla.
Duq. Ayer fuí huesped acerca
de vosotros; y en mi casa
acerca de mí vosotros
hoy lo soys. Ved ¡qué mudanza
suele tener la fortuna
de un dia á otro tan estraña!
Leand. Perdonad, Señor, si acaso
se atrevió nuestra ignorancia
sin conoceros....
Duq. Sabed
que jamás aprecié en nada
el amor que ofrece inciensos
á la dignidad, mis ansias
solo admiten el amor,
que al mérito se consagra;
¿qué sentimientos imprime
naturaleza en el alma?
¿qué ame el hombre al hombre, ò que
ame á sus títulos?
Grif. ¡Sabia
reflexion!
Duq. Pues si lo es
¿por qué dexais de observarla?
Grif. ¿Yo Señor?

Duq. Vos. Quando el cetro
puso en mi mano la sabia
Providencia, á sus Ministros
humillado ante sus aras
juré ser de la justicia
el promotor y la basa;
juré ser recto, ser justo;
pero en el fondo de mi alma
juré ser de mis vasallos
mas amigo que Monarca.
A este efecto la pobreza
por mí socorrida se halla,
la desgracia protegida,
y la orfandad amparada;
y vos, mientras yo me empeño
en apadrinar las causas
de los menores, parece
que con osadía avara
os empeñais en hacerlos
víctimas de la desgracia.
Gri. Yo no pensé.....
Duq. No mintais,
que no hay cosa mas malvada
que la mentira; decidme,
¿no teneis vos angustiadas
á dos pupilas, con quien
seguís hoy una demanda?
¿un sobrino no teneis
en la carcel, que os reclama
una parte de sus bienes,
por remediar su desgracia?
No me repliqueis, y solo
decid, si con justa causa
obteneis los bienes de ellos,
Grif. Como el amor propio engaña
á los hombres, por dexar
mi conciencia asegurada,
he expuesto en el Tribunal,
en donde pende la instancia,
mis razones.
Duq. La evidencia
no debe ser contrastada,
con razones. De las leyes
abusais con esa traza;
pero con sinceridad
respondedl, no temais nada,
¿os pertenecen los bienes
que pleiteais?
Gri. Si declara
el Tribunal.....
Duq. No recurro
al fallo que de allí salga,
ni á quien os defiende, solo
recurro en esta demanda
á vuestros remordimientos,
á vuestra conciencia: ¿se halla
tranquila, sin sustos
obteniendo lo que guarda?
responded, y respetad
la verdad.
Gri. A vuestras plantas
mi error confieso y desisto
de tan injusta demanda.
Duq. Vuestra confusion en parte
mi fiero enojo desarma:
¡pobre de vos si insistierais
en sostener vuestra infamia!
En favor de los menores
renunciareis sin tardanza
los bienes que injustamente
vuestra avaricia pleiteaba,
pagándolos quantos daños
les causasteis en la instancia;
y para siempre saldreis
desterrado de esta plaza,
Gr. Mirad que á un hombre de bien...
Duq. Los hombres de bien no engañan:
sacadle de aquí al momento,
porque su vista me cansa.
Vase Grifing.
Duq. ¿Señor Leandro?
Leand. ¡Ay de mí
¡quánto el temor me contrasta!
Duq. Si la baxeza de este hombre
es tal que así le degrada,
¿quál será la del iniquo
que apadrina sus infamias?
Lean. Mi obligacion bien sabeis
que sin escusa me manda
de-

defender á todos....

Duq. Sí:
defender á quantos se hallan
con razon, y la malicia
intenta desfigurarla.
Vuestra facultad el Foro
la formó, porque apoyára
la razon, y del engaño
destruyera las marañas.
Y vos, faltando al decoro
de una facultad tan sabia
y honrosa, con la verdad
teneis guerra declarada:
Y así, de quantos litigios
seguísteis sin justa causa,
pagareis todas las costas,
y hasta que se satisfagan,
y hagais ver que vuestra ciencia
no la empleais en cosas malas,
no actuareis.

Leand. Pero Señor...

Duq. Haced que de aquí se vaya.

Vase Leandro.

Duq. ¿Señor Medico?

Ans. ¿Es á mí?

Fab. Ahora os toca á vos la tanda.

Duq. ¿El cuerpo del rico tiene
sobre el del pobre ventajas?
¿Es la vida del primero
mas apreciable á la patria
que la del segundo? Hablad.

Ans. Vuestro respeto embargada
me tiene la voz, de modo
que no encuentra las palabras.

Duq. El rico y el pobre tienen
la misma estructura humana,
y el pobre al nacer recibe
las preeminencias y gracias
que da la naturaleza
al rico, y entrambos se hallan
en precision de correr
á la vida y conservarla;
¿pues cómo faltais á aquello
que naturaleza manda,
cuidando solo las vidas,
por vuestro interés é infamia,
de los ricos?

Ans. Sí, á los pobres
ningunos remedios bastan
á sus males.

Duq. Algun dia
destruirán vuestras entrañas
esos mismos males: ved
con una misma eficacia
de asistir al pobre y rico,
sin reparar en ganancias,
sino en que son igualmente
miembros los dos de la patria,
y entretanto pasareis
á purgar vuestras infamias
al hospital de Dijon,
en donde una temporada
curareis á aquellos mismos
que ultrajais con tanta audacia.

Vase Anselmo.

Duq. Vos, encubridor de vicios
cerrareis ciertas estancias
para siempre, en que el desorden
y la maldad se propaga;
y en pena de la licencia
que se tomó vuestra audacia
cien doblones para dotes
dareis al Conde mañana.

Fed. Que me perdeis, gran Señor.

Vase Federico.

Duq. Tu conducta enmienda y calla.
Madama, á vos un consejo
solo daros mi amor trata,
y es, que para corregir
vuestra ligereza fatua
sobre la eleccion de estado,
y vuestra mala crianza,
os retireis á un Convento
á aprender á ser mas sabia.

Amel. Mirad, que yo no he gustado
jamas de estar encerrada.

Duq. Id con Dios; y no abuseis
de mi noble tolerancia. *Vase Amel.*
Llegad vos.

Fab. Ahora por todos

me hace á mi pagar la farda.
Duq. Dexando aparte el insulto,
que á mis nobles circunstancias
hicisteis en suponer,
que el feudo tiranizaba;
pasemos á aquellas culpas
que vuestra conducta infaman.
Fab. Ya sé que á mí no me toca...
Duq. No os toca; mas vuestra audacia
juzgó con mucha osadía
de un Soberano, que nada
apetece mas que hacer
á todo subdito gracias:
mas lo perdono; lo que
no perdono es la ignorancia
ó la malicia con que
habeis procedido tantas
veces en las medicinas,
como ayer os lo acordaba
el Medico; y en castigo
cerrareis desde mañana
la Botica, y quantas cosas
se hallan en ella infestadas
por mano de la justicia
se quemarán en la plaza,
y las buenas á los pobres
gratis serán franqueadas.
Fab. Esto es malo; mas con todo
salí mejor que pensaba. *vase.*
Lab. Bien hecho, que la Botica
la tenemos todos franca
en el campo.
Duq. Pues la audiencia
concluimos...
Cond. Ved que falta...
Duq. Amigablemente quiero
determinar esta instancia.
¿Y Claudio?
Cond. Miradle aquí.
Sacan á Claudio.
Lab. Este es el que mas me enfada.
Duq. Amigablemente, Claudio,
quiero hablaros dos palabras.
Claud. Perdonad, si por cumplir
con mi empleo...
Duq. Basta, basta,
que de la burla, que os hice
aun se regocija el alma,
y pasemos á otra cosa.
Ayer me pidieron varias
personas por un Caxero,
que en la carcel preso se halla
por un desfalco; y yo nunca
quiero en semejantes causas,
sin tomar antes informes,
resolver sobre ellas nada.
¿Qué hay sobre esto?
Claud. Que su muerte
se ha hallado por justa, á causa
de habersele convencido
con sus culpas bien probadas.
Duq. Está bien, pero....
Claud. En secreto
dexó la ley vindicada,
lo uno para evitar
á su familia la infamia;
y lo otro, porque el castigo
los influjos retardaban.
Duq. ¿Con qué murió? Siendo así,
no hablemos sobre ello nada,
y vamos á su muger:
ella contra vos exclama
incesantemente; pero
yo sé bien de qué dimana,
y vos lo sabeis tambien.
Claud. Aparentemos constancia. *ap.*
Sí señor, no me averguenzo
de confesar, que sus ansias
movieron mi compasion;
y que he sentido en el alma
haber sido de sus penas,
sin culpa mia la causa.
Confieso tambien, que tuve
en algun tiempo esperanzas
de ser suyo, y que el motivo
que impidió verificarlas,
fue su padre, no su amor;
y á vista de su desgracia,
tambien confieso, ofrecí
con mi mano consolarla.

Duq. Me parece bien, y apruebo resolucion tan humana. ¿Pero Madama Dambelt accederá á vuestra instancia?

Claud. El excesivo dolor puede ser que olvidar le haga su promesa.

Duq. ¿Su promesa? ¿Pues qué antes de esto pensaba que habiais de suceder á su marido?

Claud. No es nada de eso. Es una confesion que me hizo, de que me amaba quando la casó su padre.

Duq. ¿Por escrito, ó de palabra?

Claud. Por escrito.

Duq. ¿Dónde está?

Claud. Aquí la teneis, tomadla.

Lee el Duque.

„Yo la abaxo firmada, declaro, no „haber tenido jamás adversion „alguna á Claudio Rinault; y que „mi desprecio fue efecto de la „política de mi padre, y que á „haber sido en la eleccion libre „le hubiera amado, y le amaría „como esposo = Sofia Dambelt = Esta confesion, no dexa duda alguna en que os amaba.

Claud. ¿Y si se niega á cumplirla?

Duq. ¿Negarse? Venga Madama.

Retirase un guardia.

Claud. Ella contra mí os dirá tal vez, señor, mil infamias; pero creed, que quanto he hecho ha sido por aliviarla.

Sale Sofia.

Duq. Llegad Sofia.

Sofia. Señor, ¿discurrís que tengo una alma tan insensible, que pueda sin anegarse en sus ansias, tolerar la vista infame de un vil monstruo, que la Hircania abortó, porque el veneno en el mundo propagára?

Duq. Template: si por la ley fue origen de tu desgracia, por la piedad y el amor, hoy hacerte felíz trata. ¿No la haréis felíz?

Claud. Sin duda.

Sofia. ¿Qué asi abuseis de mis ansias?

Claud. Creed, señor, que no hay cosa que en su obsequio mi amor no haga; y si sus felicidades quiere en mis bienes fundarlas, soy único en mi familia; y porque se satisfaga de mi proceder, de todos voy al momento á firmarla una donacion, á fin de que, si acaso me alcanza en dias, en su persona enteramente recaigan. ¿Rehusaréis ser mi esposa, viendo una accion tan hidalga? Señor, si me dais licencia, aqui la haré en dos palabras.

Escribe.

Sofia. Pero señor, reparad....

Duq. Callad, y no temais nada.

Sofia. ¡Qué misterios, santos cielos, se encierran en sus palabras! El ha ofrecido vengarme: De todo enterado se halla..... es justo; ¿y debo pensar siendo justo, que me engaña?

Claud. Escuchad la donacion, para ver si así os agrada.

„Digo yo Claudio Rinault, que „cedo á título de donacion á Ma„dama Dambelt los bienes, que „poseo y puedo poseer, para que „despues de mis dias los goce li„bremente, excluyendo toda ra„zon que pueda anularla; res„pecto de que la presente dona-

„cion la hago sin limites, en pre-
„sencia de nuestro Duque Carlos,
„del Conde de Sorval, y el Ca-
„pitan de la Guardia = Claudio
„Rinault =
Aquí la teneis, señora.

Duq. Madama Dambelt, tomadla.
Ahora llevadle á morir.

Claud. Señor....

Duq. Lee tus iniquas tramas:
lee este pliego: notoria
te es su letra; está formada
por tu indigno Secretario,
ministro de tus infamias.

Claud. ¡Ay Dios!

Duq. Descubrí tu crimen.
Aunque en tí depositada
del Feudatario tan solo
la jurisdiccion estaba,
quiero hacerte conocer
el respeto, que á una carga
tan honrosa tu conducta
debia tener: las almas
que destina el Cielo al mando,
del Cielo están auxîliadas
para el acierto, y no deben
de este patrocinio ó gracia
abusar; pero no abusan:
su empleo les pone trabas
casi siempre, y corresponden
del Monarca á la confianza,
y pues que tu prepotencia
te ha sumergido en la infamia,
á los que imiten tu orgullo,
á servir de exemplo marcha.

Claud. A vuestros pies...

Duq. Tus delitos
son indignos de mi gracia.
Sacad á ese miserable,
al momento de esta estancia.

Le llevan.

Cond. Ya hay un hombre honrado menos,
gracias à Dios, en mi pátria.

Labr. Tiene un acierto notable
nuestro Duque en quanto manda.

Duq. Ya estás premiada, Sofia,
y á un mismo tiempo vengada.

Sofia. Es verdad; pero Señor
¿qué me sirve la venganza
si no hay dicha en este mundo
que tranquilice mis ansias?
pues mi esposo...

Duq. De mi cuenta
corre darosle, Madama.

Sofia. No hay en el mundo, señor,
quien pueda suplir su falta.

Duq. Venid, pues, ¿te complace ésta?

Saca á Dambelt.

Dambelt. ¡Esposa mia!

Sofia. ¡Me engaña
la fantasia!

Dambelt. ¿Qué dudas?
á tu tierno esposo abraza.

Sofia. ¡Dambelt mio! ¿quién la vida
te dió? ¿quién de tu desgracia
te redimió?

Dambelt. Quien à un tiempo
es padre, y juez de la Patria.
Su Alteza.

Sofia. Esposo querido,
echémonos á sus plantas.

Duq. ¿Estais ya de vuestros males
recuperado?

Dambelt. Calmadas
están mis penas del todo
con dicha tan impensada.

Duq. Sofia, asi como fuiste
en el infortunio sábia,
selo en la prosperidad,
y al Todo justo dá gracias.

Los dos. ¡Qué clemencia! ¡qué bondad!

Labr. Señor, que yo tengo gana
de hablaros.

Duq. Ya me hablareis,
hombre de bien.

Lab. Y no es chanza.

Duq. Venid, amigos, y al Pueblo
en mi nombre se repartan
varias sumas, y al engaño,

al fraude, y á la asechanza declaremos guerra, à fin, de que las virtudes vayan prosperando, y produciendo en el hombre las ventajas.....

Todos. Que le hacen útil á Dios, á sí mismo, y à la Pátria.

Adviertase que las marcadas, como en la primera plana, son sacadas del Original, con la licencia del Señor Juez de Imprentas, en la de Don Blas Román; y las de sin igual circunstancia, deben ser denunciadas.

Se hallará esta Comedia con la de Christoval Colon, el Hombre Agradecido, el Sitio de Calés, y el Dichoso Arrepentimiento, del mismo Autor, en el Despacho principal del Diario, Carrera de San Gerónimo, frente de la Librería de Maféo, junto la de Copin; y en los Puestos de la Puerta del Sol, y frente de Santo Tomás, á dos reales.